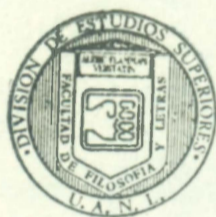




BIBLIOTECA

TM
Z7125
FFL
1981
C3

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
Facultad de Filosofía y Letras
DIVISION DE ESTUDIOS SUPERIORES



BIBLIOTECA

METODO Y ANALISIS EN CIENCIA SOCIAL

TESIS QUE PARA OBTENER EL GRADO DE MAESTRO
EN METODOLOGIA DE LA CIENCIA, PRESENTA
ANGEL CARAVEO ORUETA



Monterrey, N. L., febrero de 1981.

I N D I C E

INTRODUCCION 4

I. Un apunte sobre la cientificidad del marxismo 9

II. Trabajo productivo e improductivo 31

III. Historia, ciencia y capitalismo 63

IV. Capital y socialismo 83

APENDICE A

La ciencia: reconocimiento e impugnación 103

APENDICE B

Capital, ecología y supervivencia 123

BIBLIOGRAFIA 135



BIBLIOTECA

INTRODUCCION

La serie de trabajos que aquí se presentan tienen la pretensión de inscribirse en una sola unidad temática: el método y el análisis en la ciencia social. Hoy de la metodología, que quien esto escribe entiende simplemente como un conjunto de métodos, se ha hecho casi un artículo más de consumo. Se suele anticipar que si en alguna medida se desconocen elementos metódicos, sería imposible producir conocimientos científicos. La cosa es sólo parcialmente cierta. Es verdad que entre más sólidos sean los conocimientos metodológicos que se tengan, se facilita la tarea de investigar y producir conocimientos. Pero no menos verdad es que ningún método puede garantizar anticipadamente la obtención del conocimiento científico. Esto significa que método y conocimiento científico están íntimamente relacionados, condicionándose y determinándose recíprocamente. Y en cualquier caso, habrá de ser siempre la materia investigada la que le otorgue al método su validez y pertinencia. Pasivamente no se obtienen conocimientos científicos, esto es elemental. Y por lo mismo, de bien poca cosa habrá de servirle al investigador leer mil manuales de metodología, si él no asume activamente la tarea de producir conocimientos científicos. Bienvenida sea la ayuda de los libros y tratados sobre la materia; bienvenidos sean los aportes que estimulen y faciliten el trabajo, pero no se infiera de aquí que pueda prescindirse de la propia capacidad de reflexión y de búsqueda. Las cosas fáciles están desterradas del conocimiento científico; se llega a él trabajando.

FACULTAD FILOSOFIA Y LETRAS
Biblioteca Div. de Estudios Superiores

En la ciencia social cada hecho a examinar se presenta como en-

teramente nuevo, pero lo mismo ocurre en toda disciplina científica. Cuando por comodidad se dice que la historia se repite, hay que agregar que sí pero en las nuevas condiciones que otorgan a cada hecho social su originalidad. Esta dinámica histórica plantea al investigador, la necesidad de afinar continuamente sus herramientas cognoscitivas. Y por lo mismo, como dice Korsch, "el que un método científico sea correcto o no, es algo que nunca puede demostrarse mediante un alegato teórico en torno a él; esto sólo puede decidirse definitivamente con su prueba 'práctica', por así decir". Es, como señalábamos, la cosa investigada la que sanciona la eficacia del método, y determina tanto su campo de validez como sus modificaciones. Desde luego el método puede anticipar alguna proposición científica, pero habrá de quedar siempre sujeta a la comprobación por el comportamiento mismo de la cosa investigada. Todo conocimiento científico es una mayor o menor aproximación al objeto investigado, y hasta hoy ninguna ciencia puede decir que haya dominado sin ningún margen de error o duda su objeto de conocimiento. El dominio, sin embargo, es suficiente para conducir a finalidades prácticas y ampliar el mundo del hombre; eso es todo lo que se persigue con el conocimiento científico. Por lo mismo cuando a la ciencia social se le quieren exigir exactitudes absolutas, se le está exigiendo algo que ninguna disciplina científica ha cubierto y mucho menos podrá satisfacer la ciencia de lo social.

La sociedad es un todo orgánico en continuo proceso de reconstitución. El conocimiento que de ella puede obtenerse es un acerca-

miento a sus tendencias centrales a partir de su momento productivo. Este es su aspecto comprobable, pues cualquiera que sea la forma que la sociedad tenga en una determinada fase de su desarrollo, habrá de producir tan solo sea para mantener esa condición primera de su supervivencia. La producción es en realidad un hecho natural pues no sólo el hombre produce, pero éste hace de aquél un proceso histórico. Por lo mismo es legítimo el planteamiento de Marx de hacer de las formas sociales de la producción, el punto de partida en el análisis de lo social. En resumidas cuentas es la forma histórica que revista al trabajo social lo que conduce el análisis y las conclusiones teóricas obtenidas. Este punto de partida es sin lugar a dudas elemental, pero ciertamente correcto. No se caracteriza la ciencia por embrollar sus respuestas, sino justamente por hallar entre las muchas posibles las más sencillas. El universo mismo es sencillo si se le sabe encontrar, como el hombre en alguna medida lo ha hecho, las líneas de su movimiento.

La ciencia de la sociedad, cualquiera que sea el nombre con el que se le designe: materialismo histórico, marxismo o teoría de las formas sociales de la producción, se constituye en realidad en una época bastante tardía en la evolución histórica. Para ello hubo de ser necesario que la propia sociedad expresara en forma claramente perceptible las tendencias fundamentales de su desarrollo. En tanto que ciencia de las relaciones sociales de producción, nace al parejo del mayor desarrollo alcanzado por éstas, puesto que para apropiarse

conceptualmente una cosa, la cosa debe en primer lugar existir. Sin embargo, que se pueda conocer a la sociedad burguesa desde la ubicación histórica del proletariado, no significa que éste tenga en cualquier momento y circunstancia ese conocimiento. El proletariado llega al conocimiento de la sociedad capitalista por la vía de su propia lucha política. La propaganda puede desempeñar algún papel, pero no es un acto verificador. Aquí, por lo tanto, la apropiación teórica de la sociedad, queremos decir de sus relaciones sociales de producción, no se corresponde automáticamente con la apropiación práctica de la misma que el obrero realiza en el acto productivo. Pero ello es una derivada de esta forma de producción, que hace de los hombres su efecto y no su causa. O para decirlo con la frase consagrada, aquí los hombres están al servicio de la producción y no ésta al servicio de los hombres.

FACULTAD FILOSOFIA Y LETRAS
Biblioteca Div. de Estudios Superiores

¿Cómo lucha el proletariado? Lucha dentro de los márgenes históricos y políticos que el mismo capital propicia. A las grandes masas les es poco menos que indiferente quien tenga en un momento dado el poder político; se mueven, como es normal, por razones más elementales: comer, vestirse, techarse, etc. Sin embargo, cuando el poder del capital se debilita y agota las alternativas posibles para una salida, las masas pueden hacer la revolución. Así la han hecho, ignorando incluso cualquier teoría de lo social; con Marx o sin Marx, con partido o sin partido. El acto de la revolución, por tanto, no es resultado ni de la propaganda ni de la consciencia, es un acto de supervivencia. No es casual, a nuestro juicio, que la revolución no

se haya dado en las áreas desarrolladas del capitalismo; se ha dado en sus zonas atrasadas, lo que de cualquier manera no presagia la eternidad del régimen capitalista.

Así las cosas, todo pedazo de teoría sobre lo social sólo puede tener la pretensión de ser un modelo aproximado del objeto estudiado. Esto vale incluso para obras largamente elaboradas como El capital. No hay realmente otra manera de proceder, pues si en ciencia social el propósito fuera hacer de cada trabajo una obra maestra, lo más probable es que no se produjera nunca nada. Por ello mismo, la serie de ensayos que aquí se ofrecen tienen por supuesto puntos débiles, pero abrigan también la pretensión de ofrecer ideas propias sobre los temas abordados. Ya habrá tiempo de cubrir las lagunas, pues por ahora nos interesa en primer lugar cubrir un expediente académico.

Cada uno de estos trabajos quiere responder al tema que sus respectivos títulos enuncian. No pretenden ser una continuación del otro, sino trabajos redondeados conforme a los puntos que tratan. El hilo conductor de los mismos, -como señalamos en las primeras líneas de esta introducción- se establece fundiendo el método y el análisis. Si de alguna manera este esfuerzo dice algo a los posibles lectores, su propósito estará enteramente satisfecho.

ACO

Mayo de 1980

Tal vez parece innecesario reflexionar sobre el carácter científico del marxismo. La obra de Marx es realmente vasta, y hoy ya existe toda una confesión de los pensadores marxistas que podría hacer creer que sus fundamentos han sido lo suficientemente estudiados. Sin embargo, si bien se mira el acontecer social, nos pareceríamos que tenemos muchas plantas nuevas exigencias a la teoría que vivimos la realidad sobre la consistencia de la teoría misma. Obviamente no es una tragedia que esta ciencia sea bien es muy valiosa. Sólo los hechos se aceptan si la crítica es la realidad de sus fundamentos. El marxismo no lo teme ni a la una ni a la otra, pues dice que es capaz de someterse continuamente a la prueba de los hechos, de modo que se puede servir (al menos que se sirva) en el desarrollo de las ciencias humanas. Y por otro lado, en tanto que disciplina científica pueden hacerse cada vez más consistentes, se cumplirá una correspondencia al margen de su validez y de su eficiencia.

CAPITULO I

UN APUNTE SOBRE LA CIENTIFICIDAD DEL MARXISMO (*)

Por tanto, no es de ninguna manera inútil librar sistemáticamente una lucha teórica profunda y penetrante por las posiciones del proletariado. La burguesía hace lo propio, con sus recursos e inmensamente mayor eficacia. En consecuencia, si es el conocimiento de la realidad desde el ángulo del proletariado, se consigue dar un paso adelante estará justificando el esfuerzo.

(*) Algunos puntos de estas reflexiones han sido inspirados por ideas defendidas por René Zavaleta Mercado y Cesáreo Morales. Pero como es costumbre aclarar, los errores que pudieran encontrarse corren por nuestra cuenta.

Tal vez parezca innecesario reflexionar sobre el carácter científico del marxismo. La obra de Marx es realmente basta, y hoy ya existe toda una conformación del pensamiento marxista que podría hacer creer que sus fundamentos han sido lo suficientemente examinados. Sin embargo, si bien se mira el acontecer social, nos percataríamos que incesantemente plantea nuevas exigencias a la teoría que avivan la discusión sobre la consistencia de la teoría misma. Obviamente no es una tragedia que esto suceda; más bien es muy saludable. Sólo los dogmas no aceptan ni la crítica ni el continuo reexamen de sus fundamentos. El marxismo no le teme ni a la una ni a lo otro, pues ciencia que no es capaz de someterse continuamente a la prueba de los hechos, de bien poco puede servir (si es que de algo sirviera) en el despejar las interrogantes del hombre. Y por otro lado, en tanto los cimientos de la disciplina científica puedan hacerse cada vez más consistentes, se ampliará en correspondencia el margen de su validez y de su eficacia.

Asimismo, no es de ninguna manera inútil librar sistemáticamente una lucha teórica defendiendo y profundizando las posiciones del proletariado. La burguesía hace lo propio, con más recursos e indudablemente mayor eficacia. En consecuencia, si en el conocimiento de la sociedad desde el ángulo del proletariado, se consigue dar un paso adelante estará justificado el esfuerzo.

Señalemos pues de entrada que el marxismo no funda su cientificidad en el poder de los argumentos ni en su capacidad polémica. Ambos

aspectos tienen relevancia en la esfera de la discusión política, pero no constituyen lo primario del aspecto científico del marxismo. Más bien es esto último lo que posibilita una buena discusión política. El marxismo se valida a sí mismo como ciencia atendiendo al rigor requerido por su objeto. No son los recursos formales, como la matemática o la estadística, los que otorgan a la ciencia de la sociedad su carácter científico. Esta es una idea extraña al marxismo que ignora la especificidad del dominio de la ciencia de la sociedad. La matemática no da científicidad al marxismo. La eficacia de cada disciplina científica no debe buscarse en dominios ajenos al de la ciencia en cuestión. Es cierto que el conocimiento científico es un proceso integrador, totalizante, pero que no violenta ni sustituye el necesario reconocimiento de los campos específicos de la ciencia. Al contrario, es precisamente esta especificidad la que permite el desarrollo del conocimiento científico. No hay ciencia que esté por encima de las ciencias, capaz de dar respuesta a los problemas que sólo estas últimas pueden elucidar. Lo real, se ha repetido muchas veces, es siempre concreto.

Oskar Lange puede servir de ejemplo de cómo un manejo eficaz del instrumental matemático, normalmente ha ido acompañado de un profundo conocimiento de la teoría marxista. Tal endeblez lo lleva, por ejemplo, a opinar que en la Unión Soviética, hoy día, "la edificación del socialismo" está "prácticamente terminada" (1). Esta opinión es claramente insostenible. Corresponde a un marxismo dogmático, esclerosado, primitivo. Aunque por otro lado, bien se compagina con el mar--

xismo de manual instituido por la Unión Soviética. Manuales que hasta hoy no han producido absolutamente nada relevante. No exageraríamos al decir que la producción teórica de la ciencia social soviética es realmente mala. Temerosa de salirse del dogma, ha cancelado prácticamente el aspecto creador y de búsqueda del marxismo.

Mencionamos a Lange como ejemplo del modelo a seguir que hace algunos años se defendía en las escuelas de economía de este país. Se suponía que el saber matemático validaba la teoría marxista de la sociedad. Se pensaba que la formalización vendría a otorgar el rigor y la precisión ausentes en aquélla. Sin embargo, ha podido comprobarse que tales presupuestos son falsos. Por ejemplo, la lógica formal, el cálculo de enunciados o el cálculo de predicados, son inconcebibles sin el recurso de la formalización. Tampoco lo es la matemática. Pero esto no vale sin más para cualesquiera otras disciplinas científicas. Marx conocía matemáticas, pero las abstracciones que deben hacerse en el campo de la Economía Política o en el del Materialismo Histórico, son distintas a las correspondientes en los dominios de las ciencias formales. No estamos en contra del pensamiento matemático, ni del empleo auxiliar de esta herramienta en el conocimiento de los hechos económicos. Queremos simplemente puntualizar la diferencia en los dominios de las ciencias, que conforman métodos distintos y formas propias de abstracción.

FACULTAD FILOSOFIA Y LETRAS
Biblioteca Div. de Estudios Superiores

La pura crítica, las frases zahirientes en contra de la burguesía, los incisivos giros literarios o la simple propaganda, tampoco

constituyen la columna vertebral del marxismo. Este es el estilo que impera, por ejemplo, en los escritos de Alonso Aguilar Monteverde. Aunque en sus últimos artículos ha mejorado, amén de lo señalado, sigue todavía sosteniendo la idea incorrecta de que son "gastos improductivos" los realizados para mantener y ampliar el aparato militar de los países capitalistas (2). Paul A. Baran sostiene también una tesis similar al llamar "trabajadores improductivos" a los que "están ocupados en fabricar armamentos, artículos de lujo de todas clases (...)", etc. (3). Pareciera ser claro que desde el punto de vista del capital, tanto la inversión como el trabajo, son productivos si producen plusvalía y por tanto, ganancia capitalista. Que aquéllo sea una manifestación de la irracionalidad capitalista es indiscutiblemente verdad, pero obedece puntualmente a la lógica de operación del capital. Un obrero empleado en fabricar ametralladoras es tan productivo para el capital como lo sería el que estuviese ocupado en hacer zapatos. Y de suerte similar, los obreros que fabrican cosméticos y demás son para el capital tan productivos como los que fabrican camisas o vestidos (4).

La anterior crítica sólo quisiera mostrar una cierta etapa en el desarrollo de la teoría marxista. Se manejaba de Marx lo más fácil, lo más susceptible de ser utilizado para fines de propaganda. Era el momento en que casi cualquier crítica podía pasar por marxismo. Y las posiciones de la burguesía defendidas en el ámbito universitario por maestros como don Jesús Silva Herzog, se entendían como posiciones marxistas, es decir, proletarias. Las cátedras y discursos preñados de na-

cionalismo burgués lograban entusiasmar; y la hoy en desuso "teoría de la dependencia económica", pasaba por ser el máximo desarrollo del marxismo aplicado a los fenómenos económicos de los países subdesarrollados. Y aunque para algunos marxistas tal vez represente un suicidio liquidar sus anteriores posiciones teóricas, tal ausencia de autocritica mal se aviene con el ejercicio de la ciencia. Mantener a todo trance una posición teórica, cuando el acontecer social la he desechado y cuando ya está en construcción otra y más eficaz vertiente teórica, es, también aquí, despojar al marxismo de su esencia creadora. La ciencia es en realidad irreverente. Cuando puede demostrarse que una alternativa teórica más elaborada es más eficaz en la aprehensión de los hechos estudiados, la antigua posición es sin miramientos eliminada. Es inútil seguir defendiéndola.

La ineficacia de la "teoría de la dependencia económica", se puede contrastar con el conocimiento de los fenómenos económicos obtenido mediante el empleo y desarrollo del instrumental clásico marxista. Digamos por ejemplo, que una profundización de la teoría de la acumulación del capital a nivel mundial, proceso que como se sabe, es desigual y combinado, ha de permitir mayores avances que los obtenidos con la susodicha teoría. Pues si bien es cierto que existe dependencia económica de unos países respecto de otros, tras ella subyace la otra fundamental, la que remite a primeras ecuaciones que apuntan hacia la dependencia básica del trabajo asalariado con respecto al capital. Esta es la raíz de la cuestión; lo demás es hacer cuartillas innecesarias.

Y no han faltado dentro de esta modalidad de pensamiento marxista, las loas mutuas y la sobrevaloración del trabajo propio. Fernando Carmona recomienda, hablando a la usanza del indio mexicano, leer a los clásicos marxistas latinoamericanos; él y Alonso entre ellos por supuesto (5). ¡Qué grueso! Y la cosa no puede menos que producir carcajadas, pues en ese mismo artículo, Fernando Carmona aconseja al investigador de cuestiones sociales, hacer acopio de modestia. Esto sí que es gritar: ¡al ladrón! Hemos hecho memoria con el afán de hallar un clásico marxista latinoamericano; no lo hemos encontrado por ninguna parte. Hay desde luego aportes valiosos, como los de Mariátegui entre otros (6), pero nada que pueda honestamente reclamar el calificativo de clásico. La razón es simple: El capital no se puede escribir dos veces. Y por otra parte, el desarrollo político del proletariado latinoamericano no ha permitido más avances de la teoría.

El marxismo es una teoría mediada por los hechos históricos, pero es precisamente esto lo que le otorga su rango de ciencia, basada en la observación y el experimento. La observación posibilita la reflexión sobre lo real, y el experimento es para la sociedad su propia práctica. Puede existir el diagnóstico teórico correcto, pero requiere ser comprobado por la experiencia política de la masa. Por ejemplo en Chile, se conocían las tesis marxistas sobre el Estado, pero sólo la acción política de éste hubo de demostrar a las masas su profundo carácter represivo, burgués y enemigo jurado de la causa proletaria. Y en fecha más reciente trabajadores del Sindicato Mexicano de Electri-

cistas, hacen las siguientes consideraciones:

El movimiento del SME ha probado la política gubernamental. Ahora, por si alguien lo dudaba, se sabe que es antiobrerista y que el Estado es incapaz de superar la presión empresarial. Que éste sólo refleja el peso que en el país ejercen los grupos monopólicos y en particular los oligárquicos y que claramente la política del régimen responde a las necesidades actuales que tiene el desarrollo capitalista (7).

Esto significa que el proletariado ratifica y comprueba con la experiencia de sus luchas las tesis elaboradas por la teoría. Sólo así puede ésta reclamar la función de ser una guía para la acción. Este razonamiento es aplicable para todas las disciplinas científicas; vale decir, es condición para la supervivencia de la sociedad humana. Como dice Pannekoek, "la práctica de la vida somete la justeza del raciocinio a una prueba tan permanente como despiadada" (8).

Pero se ha estado hablando de ciencia. Será necesario entonces puntualizar qué entendemos por tal, qué entendemos por conocimiento científico.

Si se revisan los libros y autores que se ocupan de los aspectos filosóficos de la ciencia, se encontrará una idea recurrente: la ciencia es una explicación. De Gortari dice: "por ciencia entendemos la explicación objetiva y racional del universo" (9). Y Adolfo Sánchez Vázquez por su parte apunta, "el fin propio de toda ciencia es conocer

y a él subordina cualquier otra consideración" (10).

Tales pronunciamientos nos parecen insuficientes. La ciencia ciertamente es una explicación, pero no es eso lo que fundamentalmente caracteriza a la ciencia. No es sólo su aspecto especulativo y teórico lo que la valida en el mundo del hombre. La ciencia no es nada más explicación; es algo más decisivo que eso, pues el hombre no se comporta ante lo real de manera sólo teórica (11), sino fundamentalmente práctica. Por ejemplo digamos, que hasta el trabajo más simple tiene su aspecto teórico. Pero el trabajo pensado no llega a ser trabajo; el producto pensado no es todavía producto. Igual ocurre con la ciencia: sólo como explicación no llega aún a ser ciencia. No se distingue la ciencia en cuanto resultado apropiador del producto real, no sólo pensado, del trabajo. Es una facultad inherente del pensamiento conceptual prefigurar el resultado; pero el proceso ahí no se detiene. El prefigurar el resultado es una fase anticipatoria, de planeación, pero que no suplanta al resultado mismo: el producto, en el caso de un trabajo particular; la fuerza productiva potenciada, en el caso del conocimiento científico. La ciencia permite al hombre apropiarse verdaderamente del mundo transformándolo.

Por tanto, nos atreveríamos a proponer la siguiente definición de ciencia: entenderíamos por ciencia la forma conceptual de apropiación del mundo por el hombre. Idea que a nuestro juicio contiene el carácter fundamental del conocimiento científico. Y aquí reservamos la ex-

presión forma conceptual para la modalidad del pensamiento que ha dejado bien atrás las formas elementales y primitivas del raciocinio. Ya se ha discutido bastante, que los conceptos con que trabaja la ciencia son un producto histórico, pues incluso la aparición de los lenguajes formales presupone la previa existencia de los lenguajes comunes y corrientes; y por otro lado, supone también la existencia de las condiciones que hagan posible la comunicación, lo cual sólo puede darse admitiendo un cierto grado de desarrollo de la sociedad humana. Fuera de este marco la vida de los hombres es inconcebible, y en consecuencia, lo es también el ejercicio científico.

Vista así la cosa salen sobrando las discusiones sobre la objetividad del conocimiento científico. Este lo será en la medida en que permita al hombre apropiarse de lo real, dominando tanto las leyes que gobiernan los procesos de la naturaleza, como las que rigen el desarrollo de los procesos históricos. Por tanto, el conocimiento científico no consiste en el ingenio para elaborar teorías, sino en la más eficaz forma que el hombre ha descubierto para perpetuarse viviendo en sociedad. Será pues objetivo el conocimiento, si responde a esta finalidad, y en caso contrario no podrá serlo.

Pero el medio fundamental de que el hombre dispone para apropiarse el mundo, han sido y serán las formas históricas de existencia social del trabajo. Es cierto que el arte es una de esas formas de apropiación, pero sólo es posible la creación artística cuando la misma productividad del trabajo permite disponer de un excedente destinado a

satisfacer las necesidades de los artistas. El arte griego, por ejemplo, así como el arte de la sociedad capitalista, descansan ambos sobre el excedente generado por cierta modalidad histórica del trabajo: el trabajo esclavo, en el primer caso; el trabajo asalariado en el otro. En consecuencia, para que la sociedad pudiera conocerse a sí misma, hubo de requerirse un determinado grado de desarrollo de la productividad del trabajo. La sociedad burguesa es la que hace posible tal conocimiento; de sí misma, de las que le antecedieron y anticipar las líneas generales de la que habrá de sustituirla. Aquí las fuerzas productivas han alcanzado un alto grado de desarrollo, que incluye también el desarrollo de su capacidad de conocimiento. Por tanto, la tesis central del materialismo histórico significa, que el conocimiento de la sociedad sólo puede obtenerse desde el ángulo fundamental de su práctica, es decir, su práctica productiva.

Por tanto, conocer a la sociedad burguesa desde el ángulo del proletariado, es conocerla desde el punto de vista del desarrollo de sus fuerzas productivas. La burguesía no trabaja, y en todo caso, no tiene conciencia del proceso de valorización del capital (12). Ve al mundo desde el punto de vista de la ganancia; el proletariado lo hace desde la fábrica, es decir, desde la esfera de la producción de la plusvalía. Aquí desaparecen las mixtificaciones que las relaciones sociales imponen al proceso de producción. Aquí puede observarse como produce capital el capital. El mundo de la ganancia es el mundo de las relaciones de producción; el mundo de la plusvalía es el mundo de las fuerzas productivas. Estas son siempre progresistas, aquéllas conservado-

ras. Y ciertamente se puede obtener ganancia sin producir plusvalía, hecho que contribuye a obnubilar todavía más la conciencia social de la burguesía. Sólo al proletariado le es posible, por las razones señaladas, "un conocimiento capitalista del capitalismo" (13). Por eso es que el marxismo se produce por y para el proletariado. No por decreto, sino en su carácter de ser la principal fuerza productiva de la sociedad burguesa. La sociedad capitalista se conoce pues a sí misma, desde el ángulo de una modalidad histórica de existencia del trabajo: el trabajo asalariado. Ignoramos con que argumentos podría rebatirse esta tesis central del materialismo histórico.

Luego entonces si el marxismo es una ciencia, debe tener como cualquiera otra ciencia, su propio campo de observación y de verificabilidad. Ese campo ya lo hemos señalado de paso: es el de las relaciones sociales de producción. El marxismo no pretende tener una respuesta para todo tipo de relaciones entre los seres humanos, sino para las que se vertebran a partir del modo como producen y reproducen los bienes necesarios para su existencia. No es en consecuencia, teoría de las relaciones humanas en general, ni teoría psicológica de la sociedad. Esta delimitación de su objeto de estudio fundamenta la posibilidad del análisis científico.

Las relaciones sociales de producción son un hecho comprobable para todo tipo de sociedad. Si toda sociedad produce necesariamente para vivir, -esto tiene carácter de ley natural-, necesariamente también construye relaciones de producción. La base material de tales relacio-

nes, los medios de producción, sólo son objeto del examen marxista en tanto que sin ellos no pueden fundarse las relaciones de producción, pero no ocupan el primer plano del análisis. La forma social en la que aquéllos se utilicen será siempre la determinante. El marxismo no es una teoría de los medios materiales de producción, es una teoría de la sociedad; y por ello mismo, teoría de la lucha de clases.

Lo inmediatamente señalado no está reñido con la otra proposición del marxismo sobre la dialéctica existente entre las fuerzas productivas, dentro de las que se incluyen los medios materiales del trabajo, y las relaciones de producción. Este proceso se dá al interior de la forma social, y como manifestación de las fuerzas productivas de preservar su carácter transformador y revolucionario. El mismo Marx dice que "las fuerzas productivas y las relaciones sociales ((son)) -unas y otras, aspectos diversos del desarrollo del individuo social-" (14). Y en otra parte señala "como primera fuerza productiva la colectividad misma" (15). Pero en todo caso, las fuerzas productivas de la colectividad misma están determinadas por la forma histórica del trabajo social; y este trabajo es obra de quienes lo realizan teórica o físicamente. Por consiguiente, de tales fuerzas productivas sólo el trabajo puede tener conciencia de sí, no las máquinas. Los medios materiales del trabajo no deciden la orientación y la conducción social. Esto es resultado del conflicto entre clases antagónicas, clases que son de nueva cuenta, relaciones históricas de producción. La lucha entre el capital y el trabajo asalariado, que el marxismo estudia, es un conflicto

antagónico entre dos tipos históricos de relaciones de producción. Con Marx podemos decir, que la materialidad de las mercancías "como valores es puramente social" (16); o en palabras de Isaak Illich Rubin: el valor en cuanto tal "no contiene un sólo átomo de materia" (17). El valor es pues, en términos de Marx, una relación social de producción. El capital no es una teoría de los medios materiales de producción, sino de las condiciones sociales que convierten a éstos en capital.

Las consideraciones anteriores quisieran puntualizar el aspecto materialista de la teoría de Marx, que no es necesariamente el materialismo de Engels. El materialismo al que alude Lenin, sintetizado en la frase de que "la materia piensa", aparte de ser así enunciado una cosa bastante obvia, apunta hacia un materialismo naturalista, justamente superado por el materialismo histórico de Marx. Y por su parte Engels abonó en alguna medida concepciones que es discutible que correspondan estrictamente al materialismo de Marx (18). Dice por ejemplo,

(...) si se sigue preguntando qué son el pensamiento y la conciencia y de dónde vienen, se halla que son productos del cerebro humano, y que el hombre mismo es un producto de la naturaleza, que se ha desarrollado junto con su medio; con lo que se entiende sin más que los productos del cerebro humano, que son en última instancia precisamente productos de la naturaleza, no contradigan, sino que correspondan al resto de la conexión natural (19).

Tanto el hombre como su pensamiento son productos de la naturaleza ciertamente, pero de la naturaleza hecha historia. Y es aquí donde empiezan los problemas. No basta sostener que la materia piensa, que el cerebro piensa, sino reparar sobre las condiciones sociales que modelan los pensamientos. Y por otro lado, si el pensamiento fuera un simple proceso natural, la ciencia en general estaría demás, pues todo ser humano normal es capaz de tener alguna idea o representación sobre lo existente. La historia es la gran mediadora del conocimiento científico.

Hay todavía otro punto débil en los razonamientos aquí criticados. El empleo de la palabra materia como "categoría filosófica para designar la realidad objetiva" (20) es notoriamente inadecuado, por la sencilla razón de que la realidad objetiva no se compone solamente de realidades materiales y físicas. Incluso algunas formas de existencia de la materia, no revisten carácter material; por ejemplo, la electricidad (21). Y si pasamos a la sociedad humana, las relaciones de producción no contienen ni un átomo de materia física; y sin embargo, son absolutamente objetivas. Mencionemos como ilustración, la relación social existente entre el obrero y el capitalista; la relación de cambio, la de valor, el dinero, etc. El trabajo mismo no es material. aunque sí es una forma de existencia de la materia. El trabajo es energía, es movimiento, es impulso y dinamismo. El trabajo es la puesta en acción de la fuerza de trabajo. Lo que es material es el producto. El trabajador es movimiento; el producto, resultado del tra-

bajo, es reposo. Aunque como es fácil ver, "el trabajo se compenetra y confunde con su objeto" (22).

Será necesario hacer algunas casi finales consideraciones. No para toda sociedad, ya lo hemos señalado, le es posible el conocimiento de sí misma. Debe ocurrir la circunstancia fundamental de que su tiempo de trabajo, pueda ser objeto de cálculo (Zavaleta Mercado). La sociedad capitalista realiza este cálculo a través de la ley del valor. El mercado es la esfera de ajustes de la producción; es el mecanismo que absorbe o desecha, dá la bienvenida o cierra la puerta. "Sólo el tiempo de trabajo socialmente necesario cuenta como fente de valor". dice Marx (23). Impera pues una disciplina; un comportamiento regular y reiterado. El mundo de las mercancías produce una situación uniforme; el todo social se vuelve homogéneo; todos son productores y poseedores de mercancías. El obrero es propietario y productor de su mercancía fuerza de trabajo. La forma mercancía instituye una generalidad; una cosa común a todos. Los productores sólo cuentan como partes integrantes de una totalidad de productores. Y aunque en este mundo de las mercancías no todas desempeñan la misma función, es indudable que se está frente a la existencia de conjuntos homogéneos.

El capitalismo instituye "(...) una economía social relativamente unificada que se caracteriza por los fenómenos de masas que se repiten regularmente y son estudiados por la economía política" (24). Clases que se identifican y cohesionan en torno de intereses claramente defi-

nidos. "La ciencia se ocupa siempre de lo semejante (...) Al restringir su atención a relaciones conocidas, la ciencia puede predecir el elemento cognoscible del futuro" (25). Tales regularidades fundan la posibilidad de formular leyes y tendencias centrales. En ambos casos, significa enunciar un comportamiento promedio, que puede no comprobarse en los casos aisladamente considerados. Sin embargo, corresponde a la manera de operar "de un régimen de producción en que la norma sólo puede imponerse como un ciego promedio en medio de toda ausencia de normas" (26).

Por tanto, cuando el marxismo sostiene que a la sociedad burguesa la habrá de sustituir la sociedad socialista, lo único que hace es proyectar hacia el futuro las tendencias comprobables ya hoy en el seno de la propia sociedad capitalista. Digamos por ejemplo, que la fábrica es un hecho socialista, en el sentido de que la producción es una actividad colectiva y en consecuencia el producto también lo es. De tal manera que los obreros "ya no pueden recuperar la vieja conciencia de individuos produciendo como individuos, capaces de comenzar y concluir un producto; no pueden rescatar la conciencia de lo que ya no son, sólo pueden adquirir la conciencia de lo que son", y "su nuevo ser, (...) es su ser colectivo" (27).

Sin embargo, la posibilidad de revolucionar el régimen capitalista no significa la revolución misma. Refiriéndose a las crisis Marx hace algunas reflexiones, que pueden servir para establecer un cierto pa-

ralelo con el hecho histórico de la revolución proletaria. Lo transcribimos enseguida:

La posibilidad general de las crisis es la metamorfosis formal del mismo capital, la disociación de la compra y la venta en el tiempo y en el espacio. Pero la posibilidad general no quiere decir la causa de la crisis. Quiere decir, simplemente, la posibilidad más general de la crisis, o sea la crisis misma en su expresión más general. No se puede decir que la forma abstracta de la crisis represente la causa de ésta. Cuando se investiga la causa, se trata de saber precisamente por qué su forma abstracta, la forma de su posibilidad, se convierte de posibilidad en realidad (28).

Sólo teniendo presente el sentido histórico de las grandes generalizaciones teóricas, puede entenderse el por qué se ha dado el hecho de la revolución socialista, en formaciones sociales en las que todavía no estaba madura, por decirlo así, la contradicción fundamental entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción; tesis central del marxismo, enunciada por Marx en el prólogo de uno de sus trabajos (29). Y sólo así puede entenderse también, que en formaciones sociales, donde la contradicción mencionada estaría madura para la revolución, ésta no se haya realizado. Pero indiscutiblemente las tendencias centrales observables en el mismo modo de producción capitalista, gravitan en el sentido de la revolución proletaria, no en el de preser-

var el orden capitalista. Y esto en realidad, para el diagnóstico científico es suficiente.

La teoría no pretende suplantar a la práctica social. Y así como entre una hipótesis y el experimento que la refuta, la ciencia se queda con el resultado del experimento, así también la teoría de Marx se quedará siempre con los hechos de la lucha de clases; la librada hoy entre el capital y el trabajo.

- (1) Oskar Lange, Ciencia, planificación y desarrollo. Editorial Nuestro Tiempo, Mex., 1974, p. 30.
- (2) Alonso Aguilar M., "La crisis capitalista", revista Estrategia. # 19, Mex., 1978, p. 20.
- (3) Paul A. Baran, La economía política del crecimiento. FCE, Mex., 1967, p. 50.
- (4) De la problemática del trabajo productivo e improductivo, esperamos ocuparnos posteriormente.
- (5) Véase su artículo "Sobre la investigación económica", revista Problemas del Desarrollo. Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, # 18, mayo-julio de 1974.
- (6) José Carlos Mariátegui, Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana.
- (7) Carta publicada en "Uno más uno", en su edición del 6 de abril de 1978, firmada por un grupo de trabajadores del SME.
- (8) Anton Pannekoek, Lenin filósofo. Cuadernos de Pasado y Presente, Córdoba, 1973, p. 35.
- (9) Eli de Gortari, Introducción a la lógica dialéctica. FCE-UNAM, 1972, p. 13.
- (10) Adolfo Sánchez Vázquez, "La ideología de la 'neutralidad ideológica' en las ciencias sociales", revista Historia y Sociedad. # 7, Mex., 1975, p. 10.
- (11) Cfr. Karl Marx, Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857/1858. vol. 1, Siglo XXI Editores, Mex.,

1971, p. 22.

(12) Karl Marx, op. cit., p. 319.

(13) René Zavaleta Mercado, "Clase y conocimiento", revista Historia y Sociedad. # 7, Mex., 1975, p. 4.

(14) Karl Marx, Elementos ..., op. cit., p. XXXVII

(15) Citado por René Zavaleta Mercado, "La burguesía incompleta", revista Problemas del Desarrollo. IIE, UNAM, noviembre de 1975-enero de 1976, # 24, p. 15.

(16) Carlos Marx, El capital. T. I, FCE, Mex., 1971, pp. 14-15.

(17) Isaak Illich Rubin, Ensayos sobre la teoría marxista del valor. Cuadernos de Pasado y Presente, # 53, Córdoba, 1974, p. 189.

(18) Juan Mora Rubio, "Notas críticas al materialismo de Engels", revista Dialéctica. Escuela de Filosofía y Letras, Universidad Autónoma de Puebla, # 4, enero de 1978.

(19) Federico Engels, Anti-Dühring. versión española de Manuel Sacristán, Editorial Grijalbo, Mex., 1968, p. 22.

(20) Lenin, Materialismo y empiriocriticismo. Editorial Progreso, Moscú, s. f., p. 131.

(21) Véase Anton Pannekoek, Lenin filósofo. op. cit., pp. 111-112.

(22) Carlos Marx, El capital. op. cit., p. 133.

(23) Carlos Marx, op. cit., p. 141.

(24) Isaak Illich Rubin, op. cit., p. 181.

(25) Cristóbal Caudwell, Una cultura moribunda: la cultura burguesa. Edit. Grijalbo, col. 70, Mex., 1970, p. 52.

(26) Carlos Marx, op. cit., p. 63.

(27) René Zavaleta Mercado, "Clase y conocimiento", revista Historia y Sociedad. # 7, Mex., 1975, p. 6.

(28) Carlos Marx, Historia crítica de la teoría de la plusvalía. T. II, Editorial Américaviva, Buenos Aires, s. f., p. 40.

(29) Carlos Marx, "Prólogo de la contribución a la crítica de la economía política". Obras Escogidas en dos tomos, T. I, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, s. f., p. 371 y ss.

Aunque parezca extraño no existe en la obra de Marx, una teoría coherente sobre el trabajo productivo y el trabajo improductivo bajo el régimen de producción capitalista. Al lado de formulaciones que se apoyan en el criterio de la plusvalía para determinar si un trabajo es productivo o improductivo, existen otras que parecerían apoyarse en el criterio de la ganancia o en el del reparto de la plusvalía, para definir el problema en cuestión. Es bastante claro que aquí se contemplan dos perspectivas de análisis que no pueden ser equivalentes. Difícilmente adelantando razonamientos posteriores, que algunos sectores del capital pueden obtener ganancias sin producir al mismo tiempo plusvalía, pero esto no vale para el conjunto de la producción y reproducción del régimen capitalista. Si unos se apropian plusvalía sin producirla, es porque otros la producen sin apropiársela.

CAPITULO II

TRABAJO PRODUCTIVO E IMPRODUCTIVO

Ciertamente en Marx se encuentran análisis de detalle sobre el carácter productivo e improductivo del trabajo bajo el capitalismo. Pero en términos justos, no se llega a una verdadera generalización científica a partir de los casos examinados. Esta es la esencial dificultad.

Pero si bien Marx no nos dejó una teoría consecuente sobre el trabajo productivo e improductivo, sí nos dejó una teoría de las leyes que rigen la producción fundada en el capital. Tal teoría es naturalmente, la teoría del valor y de la plusvalía. Intentaremos llegar a algo lo suficientemente convincente utilizando esas herramientas de análisis.

Aunque parezca extraño no existe en la obra de Marx, una teoría coherente sobre el trabajo productivo y el trabajo improductivo bajo el régimen de producción capitalista. Al lado de formulaciones que se apoyan en el criterio de la plusvalía para determinar si un trabajo es productivo o improductivo, existen otras que parecieran apoyarse en el criterio de la ganancia o en el del reparto de la plusvalía, para definir el problema en cuestión. Es bastante claro que aquí se contemplan dos perspectivas de análisis que no pueden ser equivalentes. Diríamos, adelantando razonamientos posteriores, que algunos sectores del capital pueden obtener ganancias sin producir al mismo tiempo plusvalía, pero esto no vale para el conjunto de la producción y reproducción del régimen capitalista. Si unos se apropian plusvalía sin producirla, es porque otros la produjeron sin apropiársela.

Ciertamente en Marx se encuentran análisis de detalle sobre el carácter productivo e improductivo del trabajo bajo el capitalismo. Pero en términos justos, no se llega a una verdadera generalización científica a partir de los casos examinados. Esta es la esencial dificultad.

Pero si bien Marx no nos dejó una teoría consecuente sobre el trabajo productivo e improductivo, si nos dejó una teoría de las leyes que rigen la producción fundada en el capital. Tal teoría es naturalmente, la teoría del valor y de la plusvalía. Intentaremos llegar a algo lo suficientemente convincente utilizando esas herramientas de análisis.

Señalemos de paso que el tema ha sido bastante manoseado, sin que este manoseo haya permitido clarificar verdaderamente el problema. Más bien se ha llegado a conclusiones enteramente antimarxistas, como la que sostiene Ian Cough de "que las dueñas de casa ((el traductor debió decir aquí, amas de casa)) son también indirectamente productivas para el capital" (1). Si se pierde la referencia a la producción material, la base causal en realidad para el análisis, se pierde la brújula; y todo el andamiaje teórico fundado en la observación del comportamiento histórico de aquella producción material, resulta poco menos que sutilezas carentes de sentido.

Por otra parte, existe el hecho fundamental de que si el capitalismo puede ser revolucionariamente superado, tal revolución sólo puede provenir de los agentes empleados en la producción material. El trabajo que transforma la naturaleza y crea el valor y la plusvalía, es por ello mismo el que tiene la capacidad histórica de realizar un cambio revolucionario en el régimen social de producción. Aunque desde luego los lazos de dominación del capital se extienden al conjunto de la población, no se puede dejar de ponderar sobre en qué sectores inciden con todo su peso, y por lo mismo, definen el papel central que en el conflicto les corresponde. La tesis sostenida por Claus Offe (2) sobre la conflictividad de ciertos estratos sociales "que no participan ((...)) en el mercado de trabajo", como los estudiantes, conscriptos llamados al servicio militar, mujeres, perceptores de pagos de transferencia y demás, es teórica y prácticamente insostenible.

Aunque esta conflictividad pudiera causarle al régimen capitalista más de un problema, éstos de ninguna manera revisten la profundidad política de los planteados por el proletariado directamente productivo, es decir, el que crea el valor y la plusvalía. Como dice Paul Mattick,

la 'socialización' de la producción técnica-organizativa, esto es, la interdependencia de toda la población en un ininterrumpido flujo de producción, proporciona a la clase trabajadora un poder casi absoluto sobre la vida y la muerte de la sociedad simplemente dejando de trabajar. Todo el edificio social descansa sobre el trabajo productivo. Los trabajadores productivos tienen por lo tanto más poder latente a su disposición que ningún otro grupo social, o que todos los demás grupos sociales combinados (3).

FACULTAD FILOSOFIA Y LETRAS
Biblioteca Div. de Estudios Superiores

La experiencia histórica ha verificado repetidas veces esta apreciación. Por ejemplo, el movimiento proletario y popular de 1968 en Francia, logró estremecer los cimientos del capital y el poder de la burguesía, precisamente porque en él intervinieron millares de obreros. Y en México en el mismo año de 1968, el movimiento popular no pudo cimbrar en igual medida el poder del capital, precisamente porque en él propiamente no participaron obreros. Esto desde luego no pretende ir en detrimento del movimiento mexicano de 1968. Queremos simplemente señalar el poder político potencial o real que anida en el seno del proletariado. Las condiciones políticas que acompañan el desarrollo del

capitalismo, hacen posible la protesta de diversos grupos sociales, incluso a veces, de sectores de la propia burguesía; pero de lo que se trata es poner de manifiesto, qué sector social tiene la capacidad histórica de cambiar radicalmente el régimen social de producción. Es obvio que sólo puede ser el proletariado productivo, el que dijimos, crea el valor y la plusvalía. Hay movimientos políticos que suelen definirse como proletarios, pero sólo lo serán si el propio proletariado participa con su acción política, otorgándoles su sello de clase y su perspectiva histórica. De lo contrario aquellos movimientos desaparecen de la escena política o con más frecuencia, víctimas de la represión.

Refiriéndose a otro contexto pero que aquí vale como indicación metodológica, Marx dice:

lo que aquí más importa es hacer resaltar que si se consideran la producción y el consumo como actividades de un sujeto o de muchos individuos, ambas aparecen en cada caso como momentos de un proceso en el que la producción es el verdadero punto de partida y por ello también el momento predominante (4).

Es bastante claro que la reproducción de la vida de la sociedad, no se finca solamente en la producción material. Pero ésta es el punto de partida para los otros tipos de producción necesarios a la vida colectiva. Por ejemplo, la ampliación de la producción de servicios, la

prestación o disfrute de algo que no asume la forma de un producto material, está subordinada al desarrollo de la producción material. Y en el caso también de las esferas del comercio y de las transacciones financieras, no podrían existir y desarrollarse más que si el desarrollo de la producción material así lo posibilita. Y aunque cada una de estas actividades económicas tiene su relativa autonomía, e inciden como tales en el comportamiento de las demás, sigue siendo la producción material, como dice Marx, la referencia básica. La producción material otorga unidad y sentido al proceso histórico, por la sencilla razón de que cualquiera que sea el tipo de sociedad, ésta debe comer, vestirse, techarse, etc., para seguir existiendo como sociedad humana.

Si ampliamos este razonamiento para ver de qué manera la sociedad transforma y se apropia de la naturaleza, aparece de nuevo aquí el trabajo como la actividad transformadora. Producción material. Trabajo productor de valores de uso, aquél que en la sociedad capitalista es la base para el nacimiento del valor y de su forma, el valor de cambio. El razonamiento de Marx en los primeros capítulos del tomo I de El capital. es el rastreo minucioso del desarrollo de este proceso unitario y contradictorio, formado por el valor de uso y el valor.

La forma de valor que revisten los productos del trabajo, corresponde a la etapa histórica de la sociedad fundada en la producción de mercancías. "La mercancía", dice Marx, "es unidad de valor de uso y valor" (5). En una sociedad de productores independientes los unos res-

pecto de los otros, la sanción del carácter social de sus trabajos privados, sólo puede hacerse a través del mecanismo del mercado. Las mercancías son productos destinados no al consumo de quien los produce, sino al cambio. El cambio de mercancías es el que indica a los productores que sus trabajos forman parte del trabajo colectivo global de la sociedad. Y por tanto, "el carácter específicamente social de los trabajos privados ((...)) reside en lo que tienen de igual como modalidades que son de trabajo humano" (6). Trabajo, pues, transformador de la materia y productor de valor. Y así como el carácter social de los trabajos privados se sanciona a través del intercambio de mercancías, se establece también la igualdad de los diferentes tipos de trabajo; son iguales porque son modalidades de existencia del trabajo social.

Y ¿por qué la forma de valor que revisten los productos del trabajo? Por la razón fundamental de que el valor expresa el tiempo de trabajo necesario requerido por la producción material. El valor es el tiempo de trabajo socialmente necesario convertido en mercancías. El desarrollo del valor, es el desarrollo de la producción mercantil, que es asimismo, el desarrollo del tiempo de trabajo empleado en la producción. Marx dice muy atinadamente: "el tiempo de trabajo necesario para producir sus medios de vida tuvo que interesar por fuerza al hombre en todas las épocas, aunque no le interesase por igual en las diversas fases de su evolución" (7). Sólo bajo el régimen del capital, aquel tiempo de trabajo se convierte en condición de vida o de muerte para el sistema. El tiempo es oro reza el refrán. El tiempo de traba-

jo es valor y plusvalía. El tiempo inmediato de trabajo es así la medida de la riqueza social bajo el régimen capitalista. Pero queremos puntualizar: tiempo de trabajo aplicado a la producción material. Fuerzas productivas cuyo desarrollo es también el desarrollo de la misma producción.

Pero la producción capitalista no sólo es producción de valor, sino, y fundamentalmente, producción de plusvalía. Marx lo dice en los siguientes términos:

Como unidad de proceso de trabajo y proceso de creación de valor. el proceso de producción es un proceso de producción de mercancías; como unidad de proceso de trabajo y de proceso de valorización. el proceso de producción es un proceso de producción capitalista. la forma capitalista de la producción de mercancías (8).

La aparición de la mercancía como forma de la producción social es anterior a la emergencia del capitalismo. Lo que caracteriza, pues, al capitalismo es que no se basa en la sola producción de mercancías, sino concretamente en la producción de plusvalía; es decir, trabajo excedente arrancado al obrero durante una jornada laboral, después de haber producido el equivalente de su salario. Y aquí de nuevo hablamos de producción material. Tiempo excedente de trabajo que se coagula en un producto excedente. Por tanto, arribamos a una primera conclusión: trabajo productivo desde el ángulo de la generación del valor y la

tales. Si no se pusiera a funcionar la fuerza creadora de valor y plusvalía, el trabajo aplicado a la producción, ningún capital podría finalmente valorizarse. La posibilidad de que esto se efectúe depende de la producción y del desarrollo de la misma.

Hemos dicho que el valor es tiempo socialmente necesario de trabajo objetivado en productos. Pero para el funcionamiento conjunto de la sociedad capitalista, no basta con el tiempo de trabajo empleado en la producción. En consecuencia, se requiere tiempo socialmente necesario de trabajo, que aunque lo es tanto para el capital como para la sociedad, no crea valor. Tiempo socialmente necesario de trabajo que no produce valor, y por tanto, tampoco produce plusvalía. Marx dice que "hay que investigar ((...)) la ley del trabajo necesario en la circulación", por ejemplo (11). Pero no sólo la circulación exige tiempo socialmente necesario de trabajo que no produce valor; hay otras muchas, que van desde la labor que desempeña el barrendero de las ciudades, hasta las realizadas por el ejército (excluyendo la industria militar) y la burocracia tanto estatal como privada. Tal conjunto de actividades no producen valor, y sin embargo, son absolutamente necesarias para el funcionamiento conjunto del capital. Y junto a este tipo de actividades económicas, podemos colocar a todas aquellas que pueden producir ganancias sin ser al mismo tiempo ellas mismas productoras de valor y plusvalía.

Y aquí se impone plantear una interrogante fundamental: si los trabajadores empleados en este tipo de actividades no producen valor,

¿de qué son explotados? La respuesta debe hallarse siguiendo la serie de razonamientos que aquí hemos sostenido. Dichos trabajadores son explotados de su tiempo excedente de trabajo, que es necesario para el funcionamiento del capital y de la sociedad burguesa, aunque no produzca absolutamente ningún valor. Y tiempo excedente de trabajo es aquel (ya lo dijimos), durante el cual el trabajador continúa laborando después de trabajar el tiempo equivalente de su salario.

La necesidad que de este tipo de tiempo de trabajo tenga la sociedad burguesa, depende del desarrollo alcanzado por la producción. De modo que la ley del trabajo necesario requerido por actividades que no producen ni valor ni plusvalía, se corresponde con la ley del trabajo necesario requerido por la producción. Y aquí de nuevo, es esta última el punto de partida de las demás consecuencias. Si por ejemplo, el tiempo de trabajo necesario requerido por la circulación aumenta, podría significar que en la esfera de la producción se tienen problemas, o también, que el volumen de productos que deben circular ha aumentado. De allí el desarrollo del capital comercial, y el crecimiento de los muy variados mecanismos de comercialización, financiamiento y similares, que implican también la ocupación de trabajo humano. Y puede haber, señala Marx, un desbalance o contradicción entre el tiempo de trabajo requerido por la producción y el destinado a la circulación y afines, pero la base causal será siempre la esfera de la producción.

Marx dice, por lo menos en alguna parte (12), que tanto la in-

versión como el trabajo requeridos por la circulación son productivos. Transcribamos sus palabras:

Para el capitalista industrial los gastos de circulación aparecen y son en realidad gastos muertos. Para el comerciante son la fuente de su ganancia, la cual -partiendo de una cuota general de ganancia- se halla en proporción con la magnitud de aquéllos. Por consiguiente, la inversión que suponen estos gastos de circulación es, para el capital mercantil, una inversión productiva. Y también el trabajo comercial comprado por él es, para él, un trabajo directamente productivo.

¿Qué criterio se siguió aquí para otorgarle a ese tipo de trabajo el carácter de productivo? El criterio de la ganancia, no el de la creación de valor y plusvalía. Y esto puede representar una comodidad para mencionar el problema, pero está en total contradicción con la teoría del valor y de la plusvalía. Es bastante obvio que tal tipo de trabajo le permite al capital comercial, como también al financiero, apropiarse de su respectiva cuota de ganancia; pero no se puede concluir por ello que sea un "trabajo directamente productivo". Desde el ángulo de la plusvalía y del valor, tal trabajo es definitivamente improductivo. Por más que le busquemos, el trabajo que no produce valor ni plusvalía, será siempre un trabajo improductivo. Aunque en los términos ordinarios bajo los que opera el capital pueda, por comodidad,

designársele como productivo. Pero esto no es teóricamente correcto.

Llegamos entonces a una segunda conclusión: para el funcionamiento conjunto del capital, se requiere tiempo socialmente necesario de trabajo que no produce valor ni plusvalía, y que por tanto, el trabajo absorbido por ese tipo de actividades, es un trabajo improductivo.

Hasta aquí hemos sostenido el criterio de que el valor es tiempo de trabajo cristalizado en productos. Marx mismo así lo dice: "valor ((igual)) al tiempo de trabajo socialmente necesario que se ha objetivado en el producto" (13). Hemos reiterado el papel central de la producción para la vida de la sociedad, y en consecuencia, también para el análisis teórico. Pero es igualmente cierto que la producción capitalista es un proceso complejo, que incluye trabajo que ya no modifica la forma material de las mercancías, aunque sí crea valor. Tal sucede con el trabajo empleado en el transporte de las mercancías, desde el lugar donde se producen al lugar donde habrán de consumirse. Este trabajo crea valor y es, asimismo, generador de plusvalía. Son actividades directamente ligadas al proceso de producción, o podemos decir, que es tiempo necesario de trabajo requerido por actividades aledañas a la producción. Por ejemplo, ciertos procesos de conservación y empaquetamiento que deben realizarse en el almacenamiento de las mercancías. ¿Contradice esto lo que hemos venido sosteniendo? Respondemos que no. La razón es que se trata de tiempo de trabajo que complementa el tiempo de trabajo requerido por la producción material.

Hay todavía un aspecto más del problema que debe ser examinado. La producción capitalista debe reproducir sus condiciones tanto materiales como históricas de existencia. Lo que significa emplear tiempo socialmente necesario de trabajo en la reproducción de dichas condiciones. Es inmensamente variado el campo de actividades exigidas para tales propósitos, pues "las condiciones de la producción son, a la par, las de la reproducción" (14). Se inscriben en ellas, el aparato educativo, ideológico, político, de manipulación de la opinión pública, de psicología de masas, el aparato jurídico, los servicios policiacos y de espionaje, etc., etc. Los trabajadores ocupados en este tipo de actividades son improductivos, pues no crean valor ni plusvalía. Aunque, claro, es justo y necesario además, diferenciar las funciones de los profesores dedicados a la enseñanza o los científicos orientados a la investigación, por ejemplo, de las funciones de manipulación de masas o control de la opinión pública. Y por otro lado, en tanto estas actividades estimulan en algunos casos el desarrollo de la producción, los trabajadores de esta última crean valor y plusvalía. Son trabajadores productivos. Vamos a transcribir un bello texto de Marx, donde se narra como el delincuente, el simple ratero, provoca con su actividad el desarrollo de las fuerzas productivas. He aquí el texto:

El filósofo produce ideas, el poeta versos, el pastor sermones, el profesor manuales, etc. El delincuente produce delitos ((...)) El delincuente no produce solamente delitos, si-

no que produce también un derecho penal, produce al profesor que da cursos sobre derecho penal y hasta el inevitable manual en que este profesor condensa sus enseñanzas con vistas al comercio. La actuación del delincuente se traduce, pues, en un aumento de la riqueza nacional, sin contar con el placer que al autor del manual le produce el escribirlo.

El delincuente produce, además, toda la organización de la policía y de la justicia penal, produce los agentes de policía, los jueces, los jurados, los verdugos, etc., y estas diversas profesiones, que constituyen otras tantas categorías de la división social del trabajo, desarrollan las diversas facultades del espíritu humano, crean nuevas necesidades y nuevas maneras de satisfacerlas. La tortura por sí sola provocó los inventos mecánicos más ingeniosos y dió trabajo a toda una multitud de obreros honrados, dedicados a la producción de sus instrumentos.

El delincuente produce una impresión de carácter moral y a veces trágica, estimulando de este modo la reacción de los sentimientos morales y estéticos del público. Además de manuales de derecho penal, de códigos penales y legisladores, produce arte, literatura, novelas e incluso tragedias. El delincuente introduce cierta diversión en la monotonía y la serena tranquilidad de la vida burguesa, defendiéndola

así contra el marasmo y provocando esa tensión inquieta, ese dinamismo del espíritu sin el cual el mismo acicate de la concurrencia acabaría por embotarse. Imprime, pues, un nuevo impulso a las fuerzas productivas. El crimen descarga al mercado de trabajo de una parte de la población sobrante, atenúa la concurrencia entre los obreros e impide, hasta cierto punto, que el salario baje del nivel mínimo; por otro lado, la lucha contra el crimen da trabajo a otra parte de la misma población. El delincuente viene a ser, pues, uno de esos factores que establecen el saludable equilibrio y abren toda una perspectiva de ocupaciones útiles. Y podríamos seguir desarrollando esta argumentación hasta en sus menores detalles. La industria cerrajera, por ejemplo, ¿habría alcanzado su actual prosperidad, si no existiesen ladrones? ¿Tendríamos una fabricación de billetes de banco tan perfecta como la que hoy tenemos, si no existieran monederos falsos? Y el microscopio ¿habría llegado a penetrar en las esferas comerciales si no existiesen falsificadores? La química práctica debe tanto de sus progresos a los fraudes que se cometen en la fabricación de mercancías y a los esfuerzos realizados para descubrirlos como a la inteligencia y a la tenacidad de los investigadores honrados. Por medio de sus ataques incesantes contra la propiedad, el delito provoca nuevas medidas de defensa y ejerce la misma influencia pro-

ductiva que las huelgas, a las que se debe la invención de no pocas máquinas (15).

No vamos a pedirle disculpas al lector por esta larga cita. Esperamos que como nosotros la disfrute. Es oportuna aquí porque señala como actividades improductivas, pueden dar origen al empleo de trabajo productivo, en la connotación empleada aquí de creador de valor y plusvalía. Por tanto, desde el ángulo de la producción capitalista, es erróneo llamar improductivos a los gastos o al trabajo absorbidos por el establecimiento militar. Al contrario, se trata de actividades enteramente productivas, donde se genera valor y plusvalía. El obrero que fabrica ametralladoras es un obrero productivo para el capital, pues produce plusvalía; no lo es el soldado que simplemente la maneja. E incluso, el estado capitalista de nuestros días, estimula la fabricación de armamentos tanto con la mira de mantenerse a la cabeza en la carrera armamentista mundial, como con la de avivar continuamente el funcionamiento de la economía capitalista. Y en términos de la generación de la plusvalía, es indistinto que tal tipo de producción sea llevada a cabo por empresas del estado o por empresas privadas. La llamada producción de desperdicio, desempeña hoy un papel fundamental en el mundo de la generación de la plusvalía; a veces a causa de que la producción de ésta ha sido excesiva, en otras ocasiones porque ha sido insuficiente. Pero en todo caso, producción de valor y de plusvalía, no ausencia de los mismos.

A medida que el capital se desarrolla trata de socializar, y lo

logra, el costo de sus condiciones de reproducción. Tales costos hoy corren normalmente a cargo del estado. Por ejemplo, la preparación y calificación de la fuerza de trabajo, o lo que es lo mismo, el sistema nacional de educación y enseñanza; los servicios médicos y asistenciales, la limpieza de las ciudades, etc., etc. El conjunto de tales gastos recae finalmente sobre los sectores productivos, o sea, sobre la plusvalía. Cuando, por ejemplo, los burgueses se quejan de que sus ganancias se ven afectadas, lo que hacen es externar su debilidad en la esfera de la competencia, pues en último término la ganancia capitalista es una forma transfigurada de la plusvalía arrancada a los obreros productivos.

Por tanto, el tiempo socialmente necesario de trabajo absorbido por las condiciones de la reproducción del capital, y que se canalice a la prestación de servicios y similares, no crea valor ni plusvalía; y en consecuencia, el trabajo empleado por este tipo de actividades es un trabajo improductivo. Esta es la tercera conclusión de nuestros razonamientos.

Vamos ahora a transcribir algunos textos de Marx, señalando tanto los puntos que nos parecen congruentes con su teoría del valor y de la plusvalía, como los que pensamos, no lo son.

En el tomo I de la Historia crítica de la teoría de la plusvalía. nos dice:

Trabajo productivo, desde el punto de vista de la producción

capitalista, es el trabajo asalariado que, al cambiarse por la parte variable del capital, además de reproducir esta parte del capital ((...)), produce plusvalía para el capitalista.

¿Qué es, pues, trabajo productivo? El que crea plusvalía, un valor sobrante después de cubrir el equivalente pagado en concepto de salario.

El único trabajo productivo es el trabajo que produce plusvalía o que sirve al capital de medio para producir plusvalía y transformarse, por consiguiente, en capital, en valor productivo de plusvalía.

La expresión de trabajo productivo no es más que una manera abreviada de expresar la relación y el modo como la fuerza de trabajo figura en el proceso de producción capitalista. Y esta distinción con respecto a todas las demás clases de trabajo es muy importante, pues nos indica la forma exacta que sirve de base a toda la producción capitalista y al propio capital.

Dentro del sistema de la producción capitalista, trabajo productivo es, pues, aquel que produce plusvalía para su patrón, el trabajo que transforma las condiciones objetivas en capital y al propietario de ellas en capitalista, el tra-

bajo que produce como capital su propio producto (16).

En el tomo II de El capital. encontramos lo siguiente:

El capital industrial es la única forma de existencia del capital en que es función de éste no sólo la apropiación de la plusvalía o del producto excedente, sino también su creación. Este capital condiciona, por tanto, el carácter capitalista de la producción; su existencia lleva implícita la contradicción de clase entre capitalistas y obreros asalariados ((...)) A medida que se va apoderando de la producción social, revoluciona la técnica y la organización social del proceso de trabajo, y con ellas el tipo histórico-económico de sociedad ((...)) El capital-dinero y el capital-mercancías, en la medida en que aparecen, con sus funciones, como exponentes de una rama propia de negocios al lado del capital industrial, no son más que modalidades de las distintas formas funcionales que el capital industrial asume unas veces y otras abandona dentro de la órbita de la circulación, modalidades sustantivadas y estructuradas unilateralmente por la división social del trabajo (17).

En otra de sus obras nos dice:

Es productivo el trabajador que ejecuta un trabajo productivo, y es productivo el trabajo que genera directamente plus-

valía, esto es, que valoriza al capital (18).

Y todavía más. En el tomo I de El capital, se dice:

Dentro del capitalismo, sólo es productivo el obrero que produce plusvalía para el capitalista o que trabaja por hacer rentable el capital (19).

Pareciera que estos párrafos no dejan lugar a dudas sobre cual es el trabajo y el capital productivos; y además, en que esfera de la actividad económica se genera la plusvalía, es decir, la producción.

No ocurre lo mismo con otros textos del mismo Marx. Diríamos que las ilustraciones que emplea en ciertas partes para ejemplificar sus ideas sobre el trabajo productivo e improductivo, son las que más se prestan al desacuerdo.

En la misma Historia crítica ..., nos dice:

Un actor, incluso un clown, puede ser, por tanto, un obrero productivo si trabaja al servicio de un capitalista, de un patrón, y entrega a éste una cantidad mayor en trabajo de la que recibe de él en forma de salario. En cambio, el sastre que trabaja a domicilio por días, para reparar los pantalones del capitalista, no crea más que un valor de uso y no es, por tanto, más que un obrero improductivo. El trabajo del actor se cambia por capital, el del sastre por renta. El prime-

mero crea plusvalía; el segundo no hace más que consumir renta.

Un empresario de espectáculos, de conciertos, de casas públicas, etc., compra el derecho a disponer temporalmente de la fuerza de trabajo de los actores, de los músicos, de las prostitutas, etc. Luego vende esta fuerza de trabajo al público, reembolsándose con ello de los salarios y obteniendo una ganancia. Y estos servicios son susceptibles de repetición, pues reponen por sí mismos el fondo que los paga.

Cuando Milton, por ejemplo, escribía El Paraíso perdido. era un obrero improductivo. En cambio, es un obrero productivo el autor que suministra a su editor originales para ser publicados. Milton produjo El Paraíso perdido como el gusano de seda produce la seda; por un impulso de la naturaleza. Después de lo cual, vendió su producto por 5 libras esterlinas. En cambio, el autor que fabrica libros, manuales de economía política por ejemplo, bajo la dirección de su editor, es un obrero productivo, pues su producción se halla sometida por definición al capital que ha de hacer fructificar.

Cuando hablamos de trabajo productivo, hablamos por tanto de un trabajo socialmente determinado, de un trabajo que

entraña una relación determinada entre el comprador y el vendedor del trabajo (20).

En el capítulo VI inédito de El capital. nos dice:

Una cantante que canta como un pájaro es una trabajadora improductiva. En la medida en que vende su canto, es una asalariada o una comerciante. Pero la misma cantante, contratada por un empresario ((...)) que la hace cantar para ganar dinero, es una trabajadora productiva, pues produce directamente capital (21).

Y en el tomo I de El capital. hallamos lo siguiente:

Si se nos permite poner un ejemplo ajeno a la órbita de la producción material, diremos que un maestro de escuela es obrero productivo si, además de moldear las cabezas de los niños, moldea su propio trabajo para enriquecer al patrono. El hecho de que éste invierta su capital en una fábrica de enseñanza en vez de invertirlo en una fábrica de salchichas, no altera en lo más mínimo los términos del problema. Por tanto, el concepto del trabajo productivo no entraña simplemente una relación entre la actividad y el efecto útil de ésta, entre el obrero y el producto de su trabajo, sino que lleva además implícita una relación específicamente social e históricamente dada de producción, que convierte al obrero en instrumen-

to directo de valorización del capital (22).

Vamos ahora a discutir estas ilustraciones de Marx. De inmediato podemos ver que ninguno de estos trabajadores crea en sentido riguroso plusvalía; pueden ciertamente, alquilando sus habilidades, dar lugar a que el capital se incremente, es decir, que el capital haga con ellos buenos negocios. Pero es falso que ellos creen directamente plusvalía. Ni el payaso, la prostituta, la cantante, el actor o el maestro de escuela, transforman con su actividad nada. Esta es una diferencia fundamental, de acuerdo a lo que hemos venido sosteniendo aquí, en el sentido de que la producción es una actividad transformadora de la materia, y en consecuencia, del mundo del hombre. Y esta determinación vale con todo su peso para la sociedad capitalista.

El ejemplo del sastre que repara "los pantalones del capitalista", claramente no se presta a discusión; es un trabajo improductivo desde el ángulo del capital, que señalábamos, no se rige por la producción de valores de uso, sino precisamente por la producción de plusvalía. "La producción de plusvalía ((...)) es la ley absoluta de este sistema de producción" (23). Tampoco es discutible el ejemplo de Milton; pero justamente aquí hay producción de libros. La industria editorial es una actividad enteramente productiva, en la que se incluyen desde el autor del libro, hasta el linotipista, el encuadernador o el corrector de pruebas.

Prosigamos. Desde el ángulo de la forma de operación global del

capital, desde luego que puede sostenerse que el trabajo de un actor se cambia directamente por capital, en el supuesto de una empresa de espectáculos. Pero lo que aquí sucede no es que haya una producción de plusvalía, sino simplemente una redistribución de la misma. En términos latos el consumo, bien sea de mercancías o de espectáculos y diversiones, no produce plusvalía. Una empresa de espectáculos puede, por supuesto, obtener ganancias. Pero ya señalábamos en las primeras líneas, que la plusvalía será siempre condición fundamental y última de la ganancia. Si nos guiamos por el criterio de la ganancia, prácticamente todo el trabajo empleado por el capital puede reportarle tales, y por tanto, ser un trabajo productivo. Pero entonces también los trabajadores de los bancos y el comercio, serían trabajadores productivos, cosa que el mismo Marx con toda razón, niega. Igual razonamiento puede hacerse con respecto al payaso, la prostituta, el maestro de escuela o la cantante, de la que dice Marx, "produce directamente capital".

Aceptando la formulación de que la cantante produzca capital, no podría significar que produzca al mismo tiempo plusvalía. Por ejemplo, un capital dedicado exclusivamente a la especulación, produce capital; pero sólo a condición de que otros capitales, empleándose en la producción, generen éstos sí directamente, la plusvalía de la que aquél se apropia. El capital puede valorizarse, pero a condición de que haya producción real de valor. Y esto, ya lo dijimos, no puede ocurrir con la totalidad de los capitales. Si unos se apropian plusvalía sin producir-

la, es porque otros la produjeron sin apropiársela. Sólo bajo estas consideraciones, podríamos aceptar la idea de Marx, de que "el concepto del trabajo productivo" se refiere a una relación específica "entre el obrero y el producto de su trabajo", que convierte a aquél "en instrumento directo de valorización del capital". Aunque, nótese bien, lo que se está haciendo resaltar aquí, es que la producción fundada en el capital, no se mueve con la mira de producir valores de uso. Y por otra parte, si extendemos así el concepto del trabajo productivo, este mismo concepto deja de ser útil en el análisis teórico; deja de ser herramienta que nos permite definir precisamente al trabajo productor de valor y de plusvalía bajo el régimen del capital.

Tal línea de análisis conduciría, como es fácil ver, a debilidades teóricas, y más decisivo aún, a planteamientos políticos claramente antimarxistas. El proletariado productivo, no sólo es el que produce la plusvalía en la sociedad capitalista, sino también el dirigente de una nueva sociedad. Como dice Zavaleta Mercado, una prostituta puede ser más desgraciada que un obrero, pero esto no la convierte en dirigente social. Este papel está históricamente determinado por la función que se desempeña con respecto al proceso de producción. Pónganse en huelga todas las universidades de este país, y fuera de alguna impugnación al sistema, a la burguesía apenas se le movería un pelo. Pero párese la planta industrial del fierro y el acero, o la del cemento, la automotriz o el petróleo, y otros serían con toda seguridad los cantares.

Ligado al concepto del trabajo productivo está también el del obre

ro colectivo (24). El obrero colectivo desde luego existe; la producción capitalista sólo puede ser un proceso colectivo de producción. Pero es necesario no englobar en tal concepto a quienes no desempeñan ningún papel en el proceso de producción. Por ejemplo, el policía que simplemente registra a los obreros previniendo robos a la fábrica, obviamente no forma parte del obrero colectivo, aunque por otra parte él sea un asalariado. Pero el vigilante de las normas de calidad de la producción o los encargados del servicio de conservación y mantenimiento de la planta industrial, sí forman parte del mencionado obrero colectivo. Y como en el caso del trabajo productivo, el concepto del obrero colectivo no puede ser extendido indiscriminadamente a empleados y funcionarios del capital, que no son parte de aquél. La referencia básica es aquí de nuevo la producción, y la creación de valor y plusvalía. El matiz que debe introducirse no se basa sobre si tal o cual trabajador trabaja manualmente o no, sino si su actividad de alguna manera, directa o indirecta, mediada o no mediada, participa en el proceso general de producción.

El hecho de ser asalariado no implica ser parte del destacamento del proletariado productivo, y por tanto, tampoco de su proyección política de clase. Marx dice, "todo trabajador productivo es un asalariado, pero no todo asalariado es un trabajador productivo" (25). Si no se toman en cuenta las diferencias de funciones desempeñadas por el conjunto de los asalariados, se termina por incluir dentro del proletariado a los funcionarios del capital, que aunque sean asalariados no

son proletarios (gerentes, jefes de personal, directores de empresa, etc.) Incluso el estamento de técnicos y científicos, aunque laboren en la misma fábrica y sean asalariados como los obreros, pueden aparecer ante éstos como agentes de la explotación capitalista. André Gorz lo dice en los siguientes términos:

Si los trabajadores técnico-científicos y los obreros están, aunque parezca imposible, situados del mismo modo frente al capital, no están situados del mismo modo los unos en relación a los otros. En tanto que el trabajo técnico-científico y el trabajo obrero son llevados a cabo paralela pero separadamente, es evidente que los trabajadores técnico-científicos producen medios de explotación y de opresión de los obreros y deben, por tanto, aparecer ante ellos como agentes del capital, mientras que los obreros no producen medios de explotación de los trabajadores técnico-científicos. La relación entre unos y otros, allí donde es directa, no es una relación de reciprocidad, sino una relación jerárquica (26).

Si esto sucede o puede suceder con este tipo de asalariados, que cuando se desempeñan en el proceso de producción son verdaderamente parte del obrero colectivo, con más fuerza se impone delimitar el campo propio del proletariado de aquello que no cae dentro de él. De lo contrario, el concepto mismo de clases sociales deja de desempeñar tanto en el análisis teórico como en su aplicación política, el papel cen-

tral que tiene en la teoría de Marx sobre el régimen capitalista.

Hagamos finalmente una apretada síntesis de lo aquí expuesto. El análisis de la formas sociales de la producción es lo que constituye el objeto de estudio del marxismo; es decir, el análisis de las formas históricas de existencia social del trabajo. El régimen del capital se funda en el trabajo asalariado; trabajo productor de valor y plusvalía. Trabajo productivo, no en el sentido de que su actividad cree objetos útiles, sino en el de generador de un valor excedente del equivalente de su salario. ¿Querría decir entonces que los asalariados que no generen plusvalía no forman parte del proletariado? Ciertamente que no. "La reproducción del capital en su conjunto se sustenta sobre la base del trabajo del proletariado productivo y del proletariado improductivo" (27). Pero, continuará siendo el proletariado productivo el sector estratégico indiscutible para el funcionamiento del régimen del capital, y consecuentemente, para su superación revolucionaria.

(27) Op. cit., p. 111. Subrayado nuestro.

(28) El capital, T. III, p. 387.

(29) Op. cit., T. III, p. 234. En realidad, este criterio no es nuevo, sino el que el mismo Marx en otras partes de su obra, por eso nos permitimos autorizados a rebatir tal punto de vista. Más adelante tendremos ocasión de reafirmar estas ideas.

(30) Karl Marx, El capital, Libro I capítulo VI (añadido), 1975, p. 59.

(31) El capital, T. I, p. 426.

(32) Karl Marx, Historia crítica de la teoría de la plusvalía, T. I.

NOTAS

60

- (1) Ian Gough, "Gastos del estado en el capitalismo avanzado", El estado en el capitalismo contemporáneo, compilado por Heinz Rodolf Sonntag y Héctor Valecillos, Siglo XXI Editores, Mex., 1977, p. 264.
- (2) Claus Offe, "La abolición del control del mercado y el problema de la legitimidad", El estado en el ..., op. cit., p. 72.
- (3) Paul Mattick, Marx y Keynes. Los límites de la economía mixta. Ediciones Era, Mex., 1975, pp. 328-329.
- (4) Karl Marx, Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857/58, vol. 1, Siglo XXI Editores, Mex., 1971, p. 14.
- (5) Carlos Marx, El capital. T. I, FCE, Mex., 1971, p. 138. En lo sucesivo, siempre que se cite esta obra nos estaremos refiriendo a la edición del Fondo de Cultura Económica.
- (6) Op. cit., p. 39. Subrayado nuestro.
- (7) Ibid., p. 37.
- (8) Ibid., p. 147.
- (9) Ibid., pp. 14-15.
- (10) Op. cit., p. 311. Subrayado nuestro.
- (11) El capital. T. III, p. 287.
- (12) Op. cit., T. III, p. 294. En realidad, este criterio no es sostenido ni por el mismo Marx en otras partes de su obra, por eso nos sentimos autorizados a rebatir tal punto de vista. Más adelante tendremos ocasión de reafirmar estas ideas.
- (13) Karl Marx, El capital, libro I capítulo VI (inédito), Siglo XXI Editores, Mex., 1975, p. 59.
- (14) El capital. T. I, p. 426..
- (15) Carlos Marx, Historia crítica de la teoría de la plusvalía. T. I,

FACULTAD FILOSOFIA Y LETRAS
Biblioteca Div. de Estudios Superiores

Editorial Américaviva, s. f., pp. 203-204. Pareciera que esta es una edición pirata, aunque utilizan la traducción de Wenceslao Roces. Y además, tiene este tomo defectos de encuadernación, faltan las páginas 271-280, pues en su lugar metieron aquí otras páginas.

(16) Op. cit., pp. 134-162-216-217.

(17) Op. cit., T. II, p. 51.

(18) El capital. cap. VI inédito, p. 78.

(19) El capital. T. I, p. 426. Los traductores del capítulo VI inédito, ofrecen la siguiente redacción del párrafo citado: "Sólo es productivo el obrero que produce plusvalía para el capitalista o que sirve para la autovalorización del capital". Capítulo VI inédito, nota al pie de la p. 78.

(20) Op. cit., T. I, pp. 137-143-220-217.

(21) Op. cit., p. 84.

(22) Op. cit., T. I, p. 426.

(23) Op. cit., T. I, p. 522.

(24) En el capítulo VI inédito, Marx escribe lo siguiente: "como con el desarrollo de la subsunción real del trabajo en el capital o del modo de producción específicamente capitalista, no es el obrero individual sino cada vez más una capacidad de trabajo socialmente combinada lo que se convierte en el agente real del proceso laboral en su conjunto, y como las diversas capacidades de trabajo que cooperan y forman la maquina productiva total participan de manera muy diferente en el proceso inmediato de la formación de mercancías o mejor aquí de productos -éste trabaja más con las manos, aquél más con la cabeza, el uno como director, ingeniero, técnico, etc., el otro como capataz, el de más allá como obrero manual directo e incluso como simple peón-, tenemos que más y más funciones de la capacidad de trabajo se incluyen en el concepto inmediato de trabajo productivo, y sus agentes en el concepto de trabajadores productivos, directamente explotados por el capital y subordinados en general a su proceso de valorización y de producción. Si se considera al trabajador colectivo en el que el taller consiste, su actividad combinada se realiza materialmente y de manera directa en un producto total que al mismo tiempo es una masa total de mercancías, y aquí es absolutamente indiferente el que la función de tal o cual trabajador, mero eslabón de este trabajador colectivo, esté más próxima o más distante del trabajo manual directo. Pero entonces la actividad de esta capacidad laboral colectiva es su consumo productivo directo por el capital, vale decir el proceso de autovaloriza--

ción del capital, la producción directa de plusvalía y de ahí ((...)) la transformación directa de la misma en capital". Páginas 78-79. Véase también El capital. T. I, pp. 425-426.

(25) Capítulo VI inédito, p. 80.

(26) André Gorz, "Técnicos, especialistas y lucha de clases", La división capitalista del trabajo, Cuadernos de Pasado y Presente, # 32, Córdoba, p. 161.

(27) Esta es una atinada observación en la que acompañamos a Estela Gutiérrez Garza, no así cuando sostiene que un restaurante no genera plusvalía. Un restaurante es una empresa productora de comida, donde se da todo un proceso de elaboración, y por tanto, de generación de plusvalía. Véase su artículo "La determinación económica de las clases sociales en el capitalismo", revista Cuadernos Políticos. # 16, junio de 1978, Mex., p. 113.

HISTORIA, CIENCIA Y CAPITALISMO

Para el común de los hombres es hoy bastante claro que la vida de la sociedad actual es insostenible sin el concurso de la ciencia. La ciencia es hasta hoy, el medio más eficaz desarrollado por el hombre para plantear sus interrogantes y resolver algunos de sus más acuciosos problemas. No todos ciertamente, ni con la exactitud que potencialmente es hoy posible, pero sí en proporciones cada vez más importantes.

La ciencia es, simplemente, la expresión potencial del desarrollo social del trabajo. Y el trabajo mismo hubo de evolucionar y desarrollarse, hasta alcanzar un grado de complejidad que exigió la teoría.

CAPITULO III

FACULTAD FILOSOFIA Y LETRAS
Biblioteca Div. de Estudios Superiores

HISTORIA, CIENCIA Y CAPITALISMO

El rango de actividad primordial en la evolución de la vida social. Sólo por necesidad para la descripción de las prácticas concretas de la vida social, se recurre a la teoría. En una época, en actividades se referían a animales a la naturaleza de sus instintos; pero esto, como es fácil ver, es común a los animales. El hombre, pues, llega a ser trabajador. Esta misma evolución se repite viciosamente en cada ser humano que nace. Antes de ser capaz de las diferentes actividades que permiten la reproducción de la sociedad, es necesariamente un ser trabajador.

El caso parece ser del trabajo. Otro tanto es pertinente en el caso de la aparición, desarrollo y aplicación de la ciencia. La ciencia nace respondiendo a los requerimientos de problemas concretos, cuya solución acompaña al mismo sentido social. Y aunque inicialmente científica o semi-científica, se esfuerza a elevarse en grados sucesivos.

Para el común de los hombres es hoy bastante claro que la vida de la sociedad actual es inconcebible sin el concurso de la ciencia. La ciencia es hasta hoy, el medio más eficaz desarrollado por el hombre, para plantear sus interrogantes y resolver algunos de sus más decisivos problemas. No todos ciertamente, ni con la amplitud que potencialmente es hoy posible, pero sí en proporciones cada vez más importantes.

La ciencia es, simplemente, la expresión potenciada del desarrollo social del trabajo. Y el trabajo mismo hubo de evolucionar y desarrollarse, hasta alcanzar en términos tanto prácticos como en la teoría, el rango de actividad primigenia en la producción y reproducción de la vida social. Sólo por comodidad para la descripción de las primitivas formas de la vida social, puede decirse que éstas trabajaban. En todo caso, su actividad se reducía a arrancarle a la naturaleza su sustento; pero esto, como es fácil ver, es común a los animales. El hombre pues, llega a ser trabajador. Esta misma evolución se repite cíclicamente en cada ser humano que nace. Antes de ser parte de las diferentes actividades que permiten la reproducción de la sociedad, es necesariamente un no trabajador.

Si esto podemos decir del trabajo, otro tanto es pertinente en el caso de la aparición, desarrollo y aplicación de la ciencia. La ciencia nace respondiendo a los requerimientos de problemas detectados, cuya solución escapaba al simple sentido común. Y aunque conocimientos científicos o cuasicientíficos, se empezaron a obtener en épocas siempre

difíciles de precisar, lo que hoy conocemos por el nombre de ciencia, y por consiguiente sus aplicaciones tecnológicas, emerge con el capitalismo. Tal es el señalamiento que suscribe John D. Bernal, cuando dice "el nacimiento de la ciencia se produjo inmediatamente después del surgimiento del capitalismo" (1). Conquista tardía en realidad; y aunque hasta hoy les ha sido difícil, tanto a historiadores como a filósofos de la ciencia, examinar las condicionantes históricas de la misma, por lo menos habrá de asentarse un hecho: no por casualidad la ciencia nace con el capitalismo.

El conocimiento académico de la historia, por llamarlo de alguna manera, tiene más de una respuesta pendiente exigida por la historia misma. Y si por fortuna ésta no ha detenido nunca su marcha, no deja de ser perceptible la endeblez con que se examinan las relaciones entre el conocimiento científico y la historia general humana. Por respetables que pudieran ser los estudios sobre el tema de, por ejemplo, Alexandre Koyré, discrepamos de él cuando sostiene:

si el interés práctico fuera la condición necesaria y suficiente del desarrollo de la ciencia experimental -en nuestra acepción de la palabra- esta ciencia habría sido creada un millar de años -por lo menos- antes de Roberto Grosseteste, por los ingenieros del Imperio Romano, si no por los de la República Romana (2).

El que "el interés práctico" sea o no una "condición necesaria y

suficiente", no puede determinarse más que a partir de las propias condiciones históricas; es decir, de las condiciones bajo las cuales la sociedad reproduce su existencia. Y lo que en un determinado momento puede ser necesario y suficiente, en otro momento puede no serlo; como también, lo que para un momento es suficiente, no lo es para otro. Y lo mismo vale tratándose de lo necesario. No producto pues, de algún élan científico determinante pero no determinado; existente en forma absoluta, por encima del tiempo histórico. O dicho de otra manera: si se elimina la historia, en el sentido de quehacer práctico de los hombres, es imposible juzgar los hechos históricos. Y todavía más. Koyré concibe la práctica, sólo bajo su forma utilitaria e inmediatista, no como práctica histórica; esto es: resultado tanto de intentos fallidos como de éxitos; de sólo posibilidades como de propósitos consumados; de acumulación de experiencias como de realización de las mismas; de presente, pasado y futuro. Tal es la condición de la supervivencia humana. Y en todo caso, el proceso científico es sólo una de las determinaciones del proceso social; pero no suplanta a este último. Más bien se le subordina. El hombre empezó a vivir sin la ciencia, y todavía hoy, buena parte de la humanidad sobrevive sin la presencia de la misma.

Para tales menesteres, Marx es siempre muy oportuno, pues además de ser un hombre como los demás, que comen, viven y se reproducen, pensaba también con la cabeza. Así escribe:

una forma determinada de producción material supone, en pri-

mer lugar, una determinada organización de la sociedad y, en segundo lugar, una relación determinada entre el hombre y la naturaleza. El sistema político y las concepciones intelectuales imperantes dependen de estos dos puntos. Y también, por consiguiente, el tipo de su producción intelectual (3).

Para muchos de los historiadores de la ciencia, ha sido siempre difícil establecer un nexo causal entre producción material y producción científica. No reviste misterios, si consideramos tanto al proceso histórico general de la reproducción social, como a sus modalidades específicas. Tal combinación es, como suele decirse, la que marca el espíritu de los tiempos. Para nuestro momento, han quedado para siempre atrás los caballeros andantes, Pedro el Ermitaño o Ricardo Corazón de León; ya no podrá inventarse la palanca de Arquímedes, y los Elementos de Euclides nunca más podrán ser reescritos. Alberto Einstein da a conocer en 1905 su Teoría especial de la relatividad, esto es, 273 años después de que Galileo hiciera lo propio con su Diálogo concierne a los dos principales sistemas del mundo, y a 219 años de distancia de los Principia Mathematica de Newton. Cosas de la historia simplemente. A nadie se le ocurriría agitar a las masas mexicanas con el estandarte de la Virgen de Guadalupe para hacer la revolución, a pesar de que Wojtyla Karol le haga a los dirigentes polacos una movilización de masas como ninguno de ellos sería capaz de realizar. Pero esto último también es cosa de la historia.

"Si consideramos la sociedad burguesa en su conjunto, -dice Marx-

aparece siempre, como último resultado del proceso de producción social, la sociedad misma, vale decir el hombre mismo en sus relaciones sociales" (4). Y en otra parte, abundando sobre el punto agrega, "el hombre es por sí mismo el fundamento de su producción material y de toda otra clase de producción realizada por él" (5).

Pareciera que no da lugar a dudas admitir aquello de que "una forma determinada de producción material", supone "una relación determinada entre el hombre y la naturaleza". La naturaleza es el asiento primigenio de la sociedad humana; pero son las formas sociales de la producción las que imprimen su sello histórico a las diferentes sociedades. La pertinencia histórica de éstas, es su propia capacidad de reproducción, y cuando ello, en cuanto a la forma social ya no es posible, la sociedad experimenta un cambio histórico. La vigencia histórica de una forma social, tanto como las posibilidades de cambio, están dados por la propia sociedad. Dicho de otro modo: los hombres son capaces de juzgar, y por tanto, de hacer su propia historia. Y dentro de esto se inscribe, como dice Marx, todo tipo de producción, incluso pues la intelectual.

Por lo que se refiere al resultado de la reproducción social como la sociedad misma, aunque Marx alude en el párrafo sólo a la sociedad burguesa, vale para la sociedad humana en general, pues es condición para la supervivencia de la especie humana. De allí pues, que no se pueda juzgar desde un ángulo suprahistórico, sobre "la condición necesaria y suficiente" para tal o cual evento científico. Las condiciones

necesarias y suficientes sólo pueden ser puestas por la sociedad misma.

La historia del pensamiento abstracto, que es la modalidad de pensamiento de la ciencia, ha sido para muchos difícil de explicar, concluyéndose que tal pensamiento no tiene historia, o que no está mediado por la historia; es decir, por el desarrollo social. Sin embargo, pensemos en lo siguiente: cuando se lee una fórmula matemática y se está familiarizado con el lenguaje de las matemáticas, puede entenderse sin mayores dificultades. Pero hubieron de pasar muchos años antes de que el pensamiento humano pudiera hacer ese tipo de generalizaciones abstractas. Cuando se leen tales fórmulas, se ignora el proceso histórico que hubo de mediarlas, y para el experto la cosa puede parecer bastante sencilla. Para el que no comprende el lenguaje de las matemáticas, o para el iniciado, aquéllo reviste grandes dificultades: le obliga a realizar en unos cuantos minutos un proceso de abstracción, que como resultado hubo de requerir muchos años. Los conceptos abstractos y generalizantes, es lo que permite a las ciencias desarrollarse; pero ellos mismos tienen su historia. No por pura casualidad, el hombre empieza estableciendo diferencias simplemente cualitativas; sólo posteriormente aprende a establecer diferencias cuantitativas. Y por lo mismo ni más ni menos, el concepto de número natural es el primero de la teoría de números. Pero el pensamiento común, que desde luego sirve de mucho, no hace casi nunca generalizaciones; sus elaboraciones se fundan en la observación más inmediata, o en la simple anécdota. De

allí que un razonamiento teórico para este pensamiento, es verdaderamente insufrible. Dicho de otra manera: las generalizaciones científicas, requieren cierto desarrollo teórico del pensamiento; es decir, requieren determinado desarrollo social del hombre. El concepto de plusvalía, por ejemplo, nace con la sociedad capitalista, y a la química le hubo de anteceder la alquimia, como a la astronomía la astrología, etc. Y siempre hallamos aquí como referencia, determinada forma de sociedad.

El problema de si puede establecerse un nexo causal entre, como dice Koyré, "el interés práctico" y la producción social, sólo puede resolverse si tomamos en cuenta que es dicha producción la que modela la existencia de determinado tipo de sociedad, pues la mediación para el conjunto de la sociedad, sólo puede ser la sociedad misma. Y en el caso del modo de producción fundado en el capital,

el capital le da forma al modo de producción; ((...)) esta forma modificada del modo de producción y cierto nivel de desarrollo de las fuerzas productivas materiales constituyen la base y la condición ((...)) de su propio desenvolvimiento (6).

Como señalábamos, la condición general para la reproducción de la sociedad es la propia sociedad; pero también, la condición general para la reproducción de la sociedad fundada en el capital, es el mismo capital. Pero de suerte similar, la condición para la reproducción bio

lógica del hombre es el mismo hombre. En uno y en otro caso, es decir, en tratándose de la reproducción biológica o de la reproducción social, se obtiene la persistencia de eso que conocemos por el nombre de sociedad humana; y por tanto, "los productos generales del desarrollo humano" (7), como la ciencia, se inscriben necesariamente en este marco. No dentro del estrecho límite de la utilidad inmediata, como piensa Koyré, sino dentro del más general del desarrollo histórico, por etapas, del hombre. Por etapas, porque es el propio hombre quien construye su medio social; hecho bastante obvio, que resiste cualquier verificación histórica.

Las otras explicaciones que se ventilan negándole a la forma histórica de la producción social, el carácter de base primigenia para los otros tipos de producción, en particular la científica y técnica, sólo arriban a caminos sin salida. Por ejemplo, el reputado lógico formal norteamericano Patrick Suppes, dice:

Narraciones de detalle ((...)) acerca de cualquier revolución científica particular resultan, para mí y para muchos otros, fascinantes e intrigantes, pero no encuentro en estas ((...)) narraciones la menor traza de una teoría científica causal seria y soy escéptico con respecto a que en un futuro próximo contemos con una (8).

Y acaso pensando que el estudioso de la ciencia social pudiera estar huérfano del pesimismo de Suppes, se permite agregar:

venimiento del capitalismo. Las épocas anteriores del desarrollo social, estuvieron marcadas por el parcialismo y la ruralía; la naturaleza, no la historia, era la que marcaba los límites al desarrollo del hombre. Por lo contrario, el capital hace de la naturaleza objeto de consumo y medio general de producción. La mercancía misma deviene objeto universal, tanto en su producción como en su consumo. Se borran las fronteras nacionales, y no se pierde ya la perspectiva de que se es parte del mundo. La época capitalista es, sin lugar a dudas, época de indiscutibles avances del desarrollo social. La apropiación privada de trabajo excedente, acicate básico de la producción fundada en el capital, es el motor primario de tales avances. El hombre mismo se universaliza, de allí que tratándose de la burguesía y el proletariado, sólo pueda hablarse de ellos en un sentido universal. "El capital crea así la sociedad burguesa y la apropiación universal tanto de la naturaleza como de la relación social misma por los miembros de la sociedad" (10). Las formas primitivas de conocimiento dejan el paso a la sistematización, la teorización y la previsión científica.

Pero todo ello radicalmente distinto al "modo de ver no-industrial", pues éste pretendía "adquirir riquezas por medio de sacrificios a los dioses" (11). "Por ello sólo entonces es posible la aplicación de la ciencia y se desarrolla plenamente la fuerza productiva" (12). Los resultados de la ciencia bien se avienen, y como intentamos demostrar aquí no por accidente, al modo de producción del capital, que no es como dice Zavaleta, una reproducción "automática" (13). Re- ----

quiere de la previsión, del cálculo, de las soluciones precisas para el momento preciso; requiere en suma, del conocimiento sistemático y elaborado. Por lo tanto, "darle a la producción un carácter científico es, por ende, la tendencia del capital" (14). Con este régimen de producción, la ciencia se vuelve plebeya, en el sentido de que sus resultados están orientados a inscribirse en los procesos corrientes de la producción de mercancías. La legitimidad del científico, ya no estriba en el estar alejado de las actividades productivas, sino precisamente en la medida en que sus descubrimientos puedan ser aplicados al desarrollo de la producción. Es, indiscutiblemente, una de las conquistas de la civilización de la mercancía.

Nos atreveríamos a citar con cierta extensión a Marx:

La gran industria desgarró el velo que ocultaba a los ojos del hombre su propio proceso social de producción convirtiendo en enigmas a unas cuantas ramas de producción respecto a las otras, individualizadas todas ellas de un modo espontáneo y elemental, y hasta a los ojos del iniciado en cada una de esas ramas. Su principio, consistente en disolver en sus elementos integrantes, de por sí y sin atención para nada, ((...)) a la mano del hombre, creó la ciencia modernísima de la tecnología. Las formas abigarradas, aparentemente inco-- nexas y fosilizadas del proceso social de producción se desintegraron en otras tantas aplicaciones concientemente dirigi-

das y sistemáticamente diferenciadas, según el efecto útil apetecido, de las ciencias naturales. La tecnología descubre asimismo esas pocas grandes formas fundamentales del movimiento a las que se ajusta forzosamente, pese a la variedad de los instrumentos empleados, toda la actividad productiva del cuerpo humano, del mismo modo que la mecánica no pierde de vista las potencia mecánicas simples, constantemente repetidas, por grande que sea la complicación de la maquinaria. La moderna industria no considera ni trata jamás como definitiva la forma existente de un proceso de producción. Su base técnica es, por tanto, revolucionaria, a diferencia de los sistemas anteriores de producción, cuya base técnica era esencialmente conservadora. Por medio de la maquinaria, de los procesos de la química y de otros métodos, revoluciona constantemente la base técnica de la producción, y con ella las funciones de los obreros y las combinaciones sociales del proceso de trabajo. De este modo, revoluciona también, no menos incesantemente, la división del trabajo dentro de la sociedad, lanzando sin cesar masas de capital y de obreros de una a otra rama de producción (15).

El fundamento de tan portentoso desarrollo sólo puede ser uno: la propia lucha entre el capital y el trabajo.

Conocimientos científicos se habían venido acumulando a lo largo

de siglos, algunos en realidad se perdieron, y por tanto, no llegaron a adquirir la sanción social de tales, al no haber encontrado formas para su aplicación. En consecuencia, sólo la época capitalista tiende el puente necesario entre el conocimiento científico y sus aplicaciones técnicas. Por ello mismo la era del capital, resume todo lo mejor del conocimiento científico anterior, y marca, por las bases mismas en que se sustenta, el punto de transición hacia otras formas superiores de la producción social. La ciencia, como el simple trabajo humano, es universal, en el sentido de que sus resultados y adquisiciones pueden rebasar la particular forma histórica de la producción. El desarrollo del capital pone claramente de manifiesto esta situación, pues para apropiarse de trabajo ajeno debe desarrollarse sin la presuposición de límites a las fuerzas productivas, lo que contradice los fines de la apropiación privada del trabajo excedente. Por eso señalábamos, que el fundamento de tal desarrollo técnico y científico, es la lucha librada entre el capital y el trabajo.

Estas son las contradicciones, no siempre perceptibles a la observación superficial, mucho menos para los ojos de la propia burguesía. Pero en la sociedad capitalista no se produce ciencia sin propósitos. Lejos de ello, "existe la ciencia requerida por la base económica" (16). Este marco de referencia es el único que nos permite juzgar la pertinencia o no de los descubrimientos científicos. Los otros caminos conducen a tajantes declaraciones de impotencia, o sea, a la imposibilidad de conocer los acontecimientos del desarrollo social.

Prosigamos. Una vez asimilados por el mismo capital sus presupuestos históricos, construye sus propias condiciones de reproducción, la que siempre debe ser en escala ampliada. Y así como la producción de maquinaria por medio de maquinaria marca la diferencia específica de este régimen de producción, la apropiación de plusvalía relativa es la forma peculiar del trabajo excedente en que se funda. Y ello sólo es posible con el empleo de la ciencia y de la técnica. La plusvalía relativa significa reducir el tiempo de trabajo necesario para la producción del valor de la fuerza de trabajo, como resultado de lo cual aumenta el trabajo excedente, plusproducto o plustrabajo. O transcribiendo lo que Marx escribe al respecto,

la plusvalía producida mediante la prolongación de la jornada de trabajo es la que yo llamo plusvalía absoluta; por el contrario, a la que se logra reduciendo el tiempo de trabajo necesario, con el consiguiente cambio en cuanto a la proporción de magnitudes entre ambas partes de la jornada de trabajo, la designo con el nombre de plusvalía relativa (17).

A lo primero, también Marx le llama subsunción formal del trabajo al capital; y a lo segundo, subsunción real del trabajo al capital. Y aquí introduciríamos una breve y asaz provisional digresión. La subsunción real del trabajo al capital, es una condición fundamental para la conversión de la clase obrera, en una clase obrera consciente.

No es por casualidad que en las formaciones sociales que hoy construyen el socialismo, se ventilen tantas dificultades al nivel de la conciencia social; en todas ellas, se ha partido de una conciencia de clase primaria, la que en el curso del desarrollo histórico, ha demostrado tanto el margen de su eficacia como sus limitaciones. Si la conciencia de clase a nivel general no tiene su contrapartida en la conciencia de clase de los individuos que la componen, en tanto seres humanos concretos con capacidad de juzgar, se cae en la manipulación de las propias masas pero no en la asunción de su papel como fuerza política de dirección social. Grueso problema en realidad, que hoy simplemente está planteado pero no resuelto. El maestro Marx sigue aquí más vivo que nunca.

La ciencia ha acompañado pues fielmente al capital en su desarrollo. La plusvalía relativa depende de ella. Pero cuando las posibilidades de valorización del capital, empiezan a manifestar su agotamiento histórico, la ciencia degenera en simple referencia de las técnicas de la ganancia. Este es el límite capitalista de la ciencia. Como dice Marx,

la autovalorización del capital se vuelve más difícil en la medida en que ya esté valorizado. El incremento de las fuerzas productivas llegaría a ser indiferente para el capital; la misma valorización, porque sus proporciones se habrían vuelto mínimas; y habría dejado de ser capital (18).

No es por casualidad que en las formaciones sociales que hoy construyen el socialismo, se ventilen tantas dificultades al nivel de la conciencia social; en todas ellas, se ha partido de una conciencia de clase primaria, la que en el curso del desarrollo histórico, ha demostrado tanto el margen de su eficacia como sus limitaciones. Si la conciencia de clase a nivel general no tiene su contrapartida en la conciencia de clase de los individuos que la componen, en tanto seres humanos concretos con capacidad de juzgar, se cae en la manipulación de las propias masas pero no en la asunción de su papel como fuerza política de dirección social. Grueso problema en realidad, que hoy simplemente está planteado pero no resuelto. El maestro Marx sigue aquí más vivo que nunca.

La ciencia ha acompañado pues fielmente al capital en su desarrollo. La plusvalía relativa depende de ella. Pero cuando las posibilidades de valorización del capital, empiezan a manifestar su agotamiento histórico, la ciencia degenera en simple referencia de las técnicas de la ganancia. Este es el límite capitalista de la ciencia. Como dice Marx,

la autovalorización del capital se vuelve más difícil en la medida en que ya esté valorizado. El incremento de las fuerzas productivas llegaría a ser indiferente para el capital; la misma valorización, porque sus proporciones se habrían vuelto mínimas; y habría dejado de ser capital (18).

A medida que la apropiación de plusvalía ha crecido en proporciones gigantes, se antepone al capital la capacidad de absorción del mercado. Y si esta capacidad de absorción, no crece al parejo de la capacidad de producción, -y de hecho no puede crecer, por ser precisamente ésa la ley de la apropiación privada- el incremento de las fuerzas productivas deja de tener sentido para el propio capital. Y si las proporciones de valorizar el capital (de incrementarlo), se han reducido al mínimo, el capital se estará negando a sí mismo; por ello dejaría de ser capital.

El otro camino que de aquí se infiere, que por lo demás rescataría a la ciencia de las formas prostituídas a las que la ha conducido el capital, pues no requiere mucha ciencia provocar la obsolescencia artificial de los productos, hacerlos menos durables, desechar materiales buenos precisamente porque lo son, etc.; el otro camino úccíamos, sólo puede ser el que se funde en la apropiación por parte del trabajo, de sus potencias productivas sociales, dentro de las que está la ciencia. Es la salida que hoy plantea el desarrollo mismo del capital. Este ya le ha causado a la naturaleza daños irreparables, y no sin consecuencias, tanto para la supervivencia de la sociedad, como para la del propio capital. Es cierto que el agotamiento de un recurso natural puede tener sustituto, pero se obtiene a cambio de aumentar en proporciones gigantescas, la inversión en capital constante, que no crea un valor nuevo en el proceso de producción, y que por tanto, tendería a reducir severamente tanto la plusvalía como la ganancia capitalista.

La espectacularidad de la ciencia en campos como el de la física, no debe llamar a engaños. Tal desarrollo en modo alguno es ajeno a la alternativa militar que el mismo capital plantea, como forma última de defender su supervivencia. Y si bien el papel histórico del capital, como hemos señalado aquí con insistencia, ha sido el de impulsar el conocimiento científico, esto no vale sin más para todas las etapas evolutivas del capital. Hoy éste es una fuerza retardataria. Y por si fuera poco, baste pensar en los millones de potenciales científicos que se mueren en toda el área subdesarrollada del capitalismo. Los éxitos de unos cuantos destacados cerebros, no pueden por menos de aparecer abultados, ante las nulas posibilidades que millones de seres humanos tienen de alcanzar niveles más elevados de conocimiento técnico y científico. Esto también es, obviamente, resultado de la forma capitalista de producción. Al privar al trabajo de sus productos y de sus conquistas, el capital constriñe la instrucción superior a un reducido grupo de hombres. La elitización del ejercicio científico, tiene este fundamento de clase. La cultura sólo puede ser privilegio del ser humano, precisamente por serlo; el capital la convierte en privilegio de la burguesía. Pero así como el capital abolió los privilegios de la nobleza, generalizando la producción mercantil fundada en la competencia, hoy es posible abolir los privilegios del capital instaurando el reinado supremo del trabajo.

- (1) John D. Bernal, La ciencia en la historia, tr. Eli de Gortari, Mex., UNAM, 1972, p. 468.
- (2) Alexandre Koyré, Estudios de historia del pensamiento científico, traducción de Encarnación Pérez Sedeño y Eduardo Bustos, Mex., Siglo XXI Editores, p. 64. A juicio de A. C. Crombie, Grosseteste fue el creador de la ciencia experimental moderna. Koyré polemiza con Crombie en varias páginas del libro que aquí se cita. Pueden verse con provecho las páginas 51 a 73.
- (3) Carlos Marx, Historia crítica de la teoría de la plusvalía, tr. Wenceslao Roces, T. I, Buenos Aires, Editorial Américaviva, s. f., p. 202.
- (4) Karl Marx, Elementos fundamentales para la crítica de la economía política 1857/58. tr. Pedro Escaron, Mex., Siglo XXI Editores, 1972, p. 237. En lo sucesivo cuando se cite esta obra, se le mencionará simplemente por Elementos, indicando el volumen de que se trate.
- (5) Carlos Marx, Historia crítica ..., T. I, ed. cit., p. 205.
- (6) Karl Marx, El capital libro I capítulo VI (inédito), tr. Pedro Escaron, Mex., Siglo XXI Editores, 1975, p. 107. En lo subsiguiente cuando se cite esta obra se le mencionará simplemente por Capítulo VI inédito.
- (7) Karl Marx, Capítulo VI inédito. p. 59.
- (8) Patrick Suppes, "El estudio de las revoluciones científicas: teoría y metodología", ponencia presentada en el Segundo Coloquio Nacional de Filosofía, Monterrey, N. L., Escuela de Filosofía y Letras, UANL, octubre de 1977, p. 13.
- (9) Ibid., p. 12. Cuando leemos eso de que "no encuentro en estas narraciones ...", o que "soy escéptico ...", etc., pareciera que se trata de simples opiniones, ocurrencias, deseos, y no de deducciones cien-

Los escritos de Marx han inspirado y van a seguir inspirando nuevos escritos. Es hora buena que así sea. Aunque para otros frentes del conocimiento científico la remisión a las fuentes puede ser un anacronismo, tratándose de Marx es hoy enteramente legítimo. Como es sabido, la obra de Marx ha tenido una historia azarosa. Sólo hasta fechas recientes ha sido publicada casi en su totalidad, lo cual no dejó de tener serias consecuencias para el estudio serio del pensamiento de Marx. Porque efectivamente se trata en primer término, de su estudio responsable, y luego de su divulgación y desarrollo.

CAPITULO IV

Si damos un repaso a la literatura marxista actual, hallamos siempre como fuente los propios textos de Marx. Esto ha sido, en realidad, muy saludable para el estudio de Marx, como es lo que respecta al desarrollo de la ciencia social marxista. Más de un aspecto que ahora empezamos a manejar, por ejemplo, las cuestiones metodológicas o el reconocimiento que en Marx hallamos sobre "el desarrollo de la vida individual, tan multilateral en su producción como en su consumo" (1), habían permanecido relegados o deliberadamente ocultos. Nos habíamos casi acostumbrado a un Marx dogmático, rígido, teórico de unas cuantas proposiciones inertes. Así, más fácil lo era a la burguesía combatir a Marx en términos puramente propagandísticos, en tanto que ciertas posiciones de la izquierda lo defendían con similares armas. Pero Marx no es un simple propagandista, pues tal era la posición del socialismo utópico; Marx es verdaderamente un científico social. Atento al desarrollo de las disciplinas científicas de

Los escritos de Marx han inspirado y van a seguir inspirando nuevos escritos. En hora buena que así sea. Aunque para otros frentes del conocimiento científico la remisión a las fuentes puede ser un anacronismo, tratándose de Marx es hoy enteramente legítimo. Como es sabido, la obra de Marx ha tenido una historia azarosa. Sólo hasta fechas recientes ha sido publicada casi en su totalidad, lo cual no dejó de tener serias consecuencias para el estudio serio del pensamiento de Marx. Porque efectivamente se trata en primer término, de su estudio responsable, y luego de su divulgación y desarrollo.

Si damos un repaso a la literatura marxista actual, hallamos siempre como fuente los propios textos de Marx. Esto ha sido, en realidad, muy saludable para el conocimiento del propio Marx, como en lo que respecta al desarrollo de la ciencia social marxista. Más de un aspecto que ahora empezamos a manejar, por ejemplo, las cuestiones metodológicas o el reconocimiento que en Marx hallamos sobre "el desarrollo de la rica individualidad, tan multilateral en su producción como en su consumo" (1), habían permanecido relegados o deliberadamente escondidos. Nos habíamos casi acostumbrado a un Marx dogmático, rígido, teórico de unas cuantas proposiciones inertes. Así, más fácil le era a la burguesía combatir a Marx en términos puramente propagandísticos, en tanto que ciertas posiciones de la izquierda lo defendían con similares armas. Pero Marx no es un simple propagandista, pues tal era la posición del socialismo utópico; Marx es verdaderamente un científico social. Atento al desarrollo de las disciplinas científicas de

su tiempo, como la matemática o la física, no dejó nunca de comparar sus resultados y su método, con los correspondientes a tales ciencias.

Cuando redacta el prólogo de la primera edición del tomo uno de El capital, alude a las formas accesibles al físico para observar los procesos que estudia; por eso, dice Marx estableciendo un paralelo, "tomamos" a Inglaterra "como principal ejemplo de nuestras investigaciones teóricas" (2). No le escamoteó nunca el rango de ciencia a la economía política, reclamo que sólo podía tener como fundamento, los resultados obtenidos en la investigación de la materia de que esta disciplina se ocupa. La ciencia se legitima por sus resultados, ante los cuales nada tienen que ver las posiciones morales, la propaganda vulgar o cualquier "escuela de protesta social" (Zavaleta). Ha llevado tiempo comprender tales razones, y por cierto no ha sido culpa de Marx.

Y precisamente el severo rigor de sus inferencias teóricas, hacen de su pensamiento un pensamiento vivo y actual. "Hay ((por ejemplo)) en los Grundrisse (...) manifestaciones que, aunque escritas hace más de una centuria, sólo pueden leerse actualmente conteniendo la respiración, porque abarcan una de las visiones más audaces del espíritu humano" (3). Aunque el reconocimiento es justo, nosotros agregaríamos que no se trata de simple audacia de visión, sino de la prefiguración de resultados cuyas premisas se conocían o contenían ya, en el material que se estudiaba. Este es el vigor de la ciencia: la capacidad de anti-

cipación, fundada en el conocimiento obtenido. Tal sucede exactamente con la teoría de Marx del tiempo de trabajo, que son las reflexiones que motivan en Rodolsky su encendido reconocimiento.

Nos vamos a ocupar en estas líneas de tales reflexiones, así como de la fundamentación teórica de la necesidad histórica del socialismo, y finalmente, de la teoría de Marx como teoría de las formas sociales de la producción. Dicho sea de paso, el primer punto desemboca en un resultado de lo que en Hegel reviste la forma de la ley de la negación de la negación. El punto siguiente, remite a la base necesaria del socialismo, es decir, el desarrollo mismo de la producción, y el tercero, tal vez sirva para delimitar en qué consiste el materialismo de Marx.

Como es sabido, la plusvalía es simplemente la apropiación privada de tiempo de trabajo. Tiempo excedente de trabajo, por encima del requerido para mantener y reponer la fuerza de trabajo del obrero. Pero dice Marx, "la facultad de rendir un producto sobrante ((no)) es algo innato al trabajo humano" (4). Tal cosa requiere de ciertas condiciones históricas, o sea, las que acompañan a la producción mercantil capitalista. En ausencia de este régimen de producción, al trabajador después de haber obtenido lo necesario para vivir, lo que le quedaría sería "mucho tiempo libre" (5). Por tanto, el régimen del capital fuerza al obrero a rendir tiempo excedente de trabajo, que la burguesía, en razón de la propiedad privada sobre los medios de producción, se apropia. Tiempo libre originariamente perteneciente al

trabajador pasa a manos de la clase de los no trabajadores. Tiempo libre ganado por la sociedad, pero que la burguesía se lo apropia. Y en consecuencia, de nada le sirve al trabajador reducir su tiempo necesario de trabajo, -reducción que es un resultado del desarrollo social del trabajo mismo- pues para él la parte de tiempo libre contenida en el plustiempo de trabajo, pasa siempre a ser privilegio e incrementar el poder de los no trabajadores.

El capital fuerza pues al obrero a pasar del tiempo necesario de trabajo al tiempo excedente de trabajo. Lo hace precedido por una compleja serie de condiciones históricas, a las que domina y modela acorde con su existencia. Dentro de esos ancestros del capital, se halla el bajo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, base originaria de la primitiva presencia del valor de uso, y también, de la prescindencia del trabajo excedente. En términos puramente naturales, el trabajador no tiene para qué trabajar más después de haber obtenido su sustento. Pero obviamente tal estadio social es extremadamente pobre, casi animal, y por lo mismo no permite el desarrollo multilateral del hombre, tan pleno en su producción como en su consumo, como dice Marx. La necesidad histórica impone por tanto, desarrollar las fuerzas productivas, cometido que atraviesa por la producción mercantil, y cobra su importancia máxima con la producción fundada en el capital. Y aquí, en la producción capitalista, domina el valor de cambio, como en la primera dominaba el valor de uso. La negación del valor de uso por el valor de cambio.

El capital funda su desarrollo, y su correlato de plus-trabajo y valor de cambio, en la limitación de las fuerzas productivas que no permite al trabajador dominar su propio proceso social de producción. La intervención del capital es a un mismo tiempo necesaria y externa. Liberado el trabajo de su primitivismo no requiere de ninguna compulsión exterior, bien se trate de su desarrollo o del dominio de sus propios resultados. Se tiene por consiguiente, que a la prescindencia del valor de cambio se impone su necesidad. Y esto último tanto como manifestación del desarrollo de las fuerzas productivas, como de su propia limitación. A la primitiva etapa de la no aparición del valor de cambio, la etapa desarrollada del dominio del mismo. A la etapa elemental de la innecesidad de trabajo excedente, la etapa de su necesidad apropiado por el capital. En la etapa elemental no se tenía nada que cambiar, en la otra a fuerza se debe cambiar todo. Pero justamente esta universalidad del cambio expresa ya, en razón misma de su universalidad, la prescindencia y caducidad del propio valor de cambio. Si el trabajo excedente se ha convertido en una generalidad, pues tal es la base del dominio del valor de cambio, estará significando que el propio trabajador, no la compulsión externa que representa el capital, puede hacerse cargo de sus resultados. Por lo tanto, es un contrasentido histórico por parte del capital, pretender continuar dominando de acuerdo a la apropiación privada, tanto a las fuerzas productivas como a sus productos. En la primitiva etapa no necesidad del trabajo excedente, en la subsiguiente imperio del mismo apropiado por el capital, pero en la tercera, artificialidad y anacronismo de la apropia-

ción privada. En la primera etapa ausencia del cambio, en la segunda necesidad del mismo pero en la tercera tampoco necesidad del cambio. El cambio mismo labora en el sentido de su propia abolición. En la tercera no hay para qué subsista el cambio, si simplemente se ha llegado al punto en que los productos se pueden a secas distribuir. Y esto último sin lesionar a nadie, pues se es capaz de producir tanto que dá absolutamente para todos. Y aquí podrá inscribirse aquello de que "a cada cual, según sus necesidades" (6). La fuerza social productiva habrá de ser capaz de nivelar las diferencias de productividad individual, ya que los individuos en tanto productores, nunca podrán ser iguales.

Se cierra así un gigantesco ciclo histórico signado por el tiempo de trabajo. En él hemos distinguido tres momentos distintos: la etapa en que el tiempo de trabajo es mínimo y no tiene ningún valor; la etapa en que el tiempo de trabajo asume la forma del valor, expresando con ello tanto la amplitud como la limitación de las fuerzas productivas; y la etapa en que el desarrollo de las mismas hace superflua la forma del valor. Y en términos del tiempo libre encontramos: tiempo libre natural correspondiente al primitivismo de la producción; tiempo libre apropiado por el capital en el momento de la expansión del valor; y finalmente, tiempo libre ganado por el propio desarrollo social del trabajo. Se cierra así el ciclo, en que la producción no fundada en el cambio, niega a la producción que en él se funda, como en su momento ésta hubo de negar a la producción que no se basaba en

el cambio. El primer momento tiene de común con el tercero, el hecho de que no se funda en el valor de cambio; pero lo que para uno es una limitación natural resultado de la pobreza de las fuerzas productivas, es para el otro resultado histórico de las propias potencias productivas. En un caso producto de la naturaleza, en el otro producto de la historia.

Marx lo dice de la manera siguiente en El capital:

El sistema de apropiación capitalista que brota del régimen capitalista de producción, y por tanto la propiedad privada capitalista, es la primera negación de la propiedad privada individual basada en el propio trabajo. Pero la producción capitalista engendra, con la fuerza inexorable de un proceso natural, su primera negación. Es la negación de la negación. Esta no restaura la propiedad privada ya destruida, sino una propiedad individual que recoge los progresos de la era capitalista: una propiedad individual basada en la cooperación y en la posesión colectiva de la tierra y de los medios de producción producidos por el propio trabajo.

La transformación de la propiedad privada dispersa y basada en el trabajo personal del individuo en propiedad privada capitalista fue, naturalmente, un proceso muchísimo más lento, más duro y más difícil, que será la transformación de la propiedad capitalista, que en realidad descansa

ya sobre métodos sociales de producción, en propiedad social. Allí, se trataba de la expropiación de la masa del pueblo por unos cuantos usurpadores; aquí, de la expropiación de unos cuantos usurpadores por la masa del pueblo (7).

Esta es la predicción que legítimamente puede derivarse partiendo de las modalidades de existencia del tiempo de trabajo. Como remate de este tiempo libre, bien sea limitado por el desarrollo de las fuerzas productivas o resultado de la potencia de las mismas. Y aquí se inscribe ciertamente "el cultivo de todas las propiedades del hombre social y la producción del mismo como un individuo cuyas necesidades se hayan desarrollado lo más posible" (8). Nada pues de las ordinariencias que no infrecuentemente se le imputan a Marx. Desarrollo pleno del hombre, pues fuera de aquí no tiene sentido ningún desarrollo.

Vamos a tratar ahora de otra deducción teórica de Marx, que también con frecuencia se ha reducido a simple propaganda.

Si a un marxista se le pregunta qué es el capital, la respuesta puede ser inmediata: el capital es una relación social de producción. Pero si a renglón seguido se le pide en qué consiste tal relación, es posible que empiece a trastabillar. Sin embargo, Marx definió con toda claridad la relación social llamada capital, concepto que al mismo tiempo, fundamenta la necesidad histórica del socialismo. Dice:

En el proceso de producción se elimina la separación entre el trabajo y sus momentos objetivos de existencia: el ins-

trumento y el material. Sobre la separación se funda la existencia del capital y del trabajo asalariado. El capital no paga por la abolición de la separación, abolición que ocurre realmente en el proceso de producción porque en caso contrario sería de todo punto imposible trabajar (9).

Verdaderamente claro, sólido, sin margen de duda. ¡Así es la ciencia! La relación social de producción llamada capital, consiste por tanto, en la separación, disociación o ajenidad del trabajo con respecto a las condiciones y medios para la realización del mismo; la separación pues, entre el trabajador y los medios para la realización del trabajo. Pero esta separación queda abolida en el momento en que el trabajador se pone a trabajar, pues si tal no sucediera no podría realizarse el trabajo. Aquí aparece claramente la externidad del capital, su carácter puramente transitorio, pues para la realización del trabajo el trabajador no necesita en lo absoluto al capital. Ciertamente requiere de los medios de producción, pero éstos simplemente revisten la forma material de la relación social del capital. Y como simples medios de producción, no tienen por qué asumir siempre la forma de capital. Los defensores de la burguesía son incapaces de establecer este distinguo, pero aquí no podremos ocuparnos de ellos en demasía.

Cuando se defiende entonces la idea del socialismo, se tiene presente este hecho observable y comprobable ya hoy en la forma burguesa de producción: el de que el obrero para trabajar debe apropiarse de

las condiciones para la realización del trabajo; debe fundirse con ellas, pues de lo contrario no podría trabajar. Esta es la idea básica del socialismo: apropiación y dominio por el trabajador de las condiciones para hacer posible la producción. Idea derivada de hechos claramente perceptibles en la forma de producción fundada en el capital. Nada que no se infiera de la observación científica, nada que no haya sido deducido acorde con el más severo rigor de la lógica histórica. No prédica moral; inferencia científica simplemente.

El gran sentido histórico del capital -ya lo hemos apuntado- es el de crear el trabajo excedente. Plusproducto que rebasa la satisfacción de las necesidades básicas del trabajador. Pero cumplido esto, el capital manifiesta claramente su artificialidad. Recurramos otra vez a Marx:

Lo que desde el punto de vista del capital se presenta como plusvalía, desde el punto de vista del obrero se presenta exactamente como plustrabajo por encima de su necesidad como obrero, o sea, por encima de su necesidad inmediata para el mantenimiento de su condición vital. El gran sentido histórico del capital es el de crear este trabajo excedente, trabajo superfluo desde el punto de vista del mero valor de uso, de la mera subsistencia. Su cometido histórico está cumplido, por un lado, cuando las necesidades están tan desarrolladas que el trabajo excedente que va más allá de lo necesario ha llegado a ser él mismo una necesidad general, que surge

de las necesidades individuales mismas; por otra parte, la disciplina estricta del capital, por la cual han pasado las sucesivas generaciones, ha desarrollado la laboriosidad universal como posesión general de la nueva generación; finalmente, por el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo, a las que azuza continuamente el capital -en su afán ilimitado de enriquecimiento y en las únicas condiciones bajo las cuales puede realizarse ese afán-, desarrollo que ha alcanzado un punto tal que la posesión y conservación de la riqueza general por una parte exigen tan sólo un tiempo de trabajo menor para la sociedad entera, y que por otra la sociedad laboriosa se relaciona científicamente con el proceso de su reproducción progresiva, de su reproducción en plenitud cada vez mayor: por consiguiente, ha cesado de existir el trabajo en el cual el hombre hace lo que puede lograr que las cosas hagan en su lugar (10).

Ya habíamos mencionado que el desarrollo de las fuerzas productivas atraviesa por la expansión general del valor de cambio. Para apropiarse trabajo excedente, el capital debe expandir sin límites la producción y la creación de valor. El fin estrecho del capital, contradice el medio de que se vale para obtener su fin. Pero cuando el trabajo excedente se ha convertido, como dice Marx, en una necesidad general, la apropiación capitalista entra en contradicción violenta con aquella necesidad general. Esta ha dejado de ser necesidad del capital,

y se ha convertido en una conquista y un resultado social. Si las necesidades individuales mismas han alcanzado una magnitud histórica, muy por encima de las necesidades naturales del trabajador, el obrero percibe y tiene que percibir, que la satisfacción de aquéllas se hace posible a plenitud, contrastando con la satisfacción que a plenitud ya hace la burguesía. Si la sociedad, mediante el desarrollo de sus fuerzas productivas, puede satisfacer plenamente sus necesidades, resulta un contrasentido que tal satisfacción esté constreñida al reducido grupo propietario de los medios de producción. Y por ello mismo, la artificialidad del capital.

Y por otra parte, si incluso satisfaciendo plenamente las necesidades sociales, la sociedad puede reducir su tiempo de trabajo, resulta enteramente espurio que el capital siga requiriendo mayor magnitud del mismo. Por lo tanto, lo que es necesario al capital, no lo es para la sociedad; esta es su contradicción fundamental. Pero si el tiempo de trabajo deja de ser la medida de la riqueza social, pues las cosas pueden hacer el trabajo que otrora hacía el trabajador, el sustento mismo del capital, el tiempo de trabajo, deja de ser tal sustento. Se convierte en tiempo libre simplemente. De allí que el capital sea una contradicción en proceso: funda su poderío en la apropiación de tiempo de trabajo, pero al parejo reduce este tiempo de trabajo. Y por ello mismo debe desplomarse, -seguimos a Marx- la producción fundada en el valor de cambio, pues no hay por qué cambiar cuando sin lesionar a nadie, se puede simplemente distribuir. Esto es lo que nos atreveríamos

a llamar, -acordándonos un poco de Einstein- el valor relativo del tiempo de trabajo en economía.

Desde luego que tales formulaciones tienen matices que por ahora no tocamos, pues no se puede decir todo de todo al mismo tiempo; y por otra parte, aquí ex profeso sólo hemos estado manejando el concepto de capital. Y lo que nos interesa a este nivel, es poner de manifiesto sus tendencias inherentes. Dejar establecido que la idea del socialismo, en modo alguno es una simple idea, sino que tiene por base las tendencias observables en la producción fundada en el capital.

Vamos a tocar finalmente otro aspecto de la teoría de Marx. El que se refiere a la economía política como la ciencia de las formas sociales de la producción. Este punto es central por lo que atañe al materialismo marxista. En Marx se ha querido ver a veces, al teórico de la materia, haciendo con ello abstracción de la forma social que modela, de acuerdo con sus fines históricos, a la materia apropiada por el trabajo. Nosotros no sabríamos a donde conduciría un razonamiento que absolutizara la materia, desligándola de la forma social del trabajo. La significación misma de lo que la materia es, pasa por la mediación social. Si esto se deja de lado, se pierde también la posibilidad de la significancia. Sólo el sujeto puede otorgar significación a lo existente; sujeto histórico que trabaja y piensa.

La dialéctica en Marx, como acertadamente señala Alfred Schmidt (11), no es un esquema preconcebido y susceptible de ser amoldado a los procesos sociales. La dialéctica en Marx, es un resultado de la

apropiación teórica de la cosa investigada. Apropiación que no puede sino fundarse en los momentos constitutivos del conocimiento científico. Tal conocimiento no es nunca inmediato, pues si tal fuera no habría diferencia entre el conocimiento científico y el que no lo es. Sobre este punto Marx no tenía dudas (12). Si Engels por su parte quiso completar a Marx, formulando las hoy famosas leyes de la dialéctica, es cuestión que corre por entera cuenta de Engels, pero no de Marx. "La teoría marxista misma -dice Schmidt- contiene ya la dialéctica de la naturaleza con la cual Engels cree deber completarla" (13). No nos aníma la menor intención de demeritar a ese gran pensador que fue Engels, pero sus famosas leyes en manos del marxismo vulgar, con frecuencia se han convertido en refugio para no hacer ciencia; es decir, en último término para no pensar. Y esto es precisamente extraño a Marx, como igualmente lo es para toda disciplina científica. Se pretende ver en los procesos sociales, una simple verificación del esquema establecido, y no al revés: verificar las leyes con los procesos sociales. Para tal especie de marxismo es suficiente tener preparada la ley número uno, dos o tres, y lanzarla como pedrada al oponente. Lo fácil nunca ha sido característica del ejercicio científico.

Si Marx en algunas ocasiones usa formas hegelianas para expresarse, tales formas no son exteriores al objeto estudiado, sino resultado de su aprehensión conceptual. Por ello mismo él se declara discípulo de Hegel, diciendo que la dialéctica hegeliana había que ponerla de pie. El mismo momento hegeliano representa una aproximación a lo real.

por esa facultad que el pensamiento humano tiene de acercarse al conocimiento, incluso con formas conceptuales incorrectas. Por otra parte, el conocimiento obtenido parte del conocimiento previamente existente; la economía política de Marx, es la superación de la economía política de los clásicos ingleses. De modo que el propio conocimiento tiene sus mediaciones científicas.

FACULTAD FILOSOFIA Y LETRAS
Div. de Estudios Sociales

Vamos a transcribir un párrafo de Marx que es oportuno para la discusión aquí desarrollada.

La economía política se ocupa de las formas sociales específicas de la riqueza o, más bien, de la producción de la riqueza. La sustancia de ésta, sea subjetiva, como el trabajo, u objetiva, como los objetos para la satisfacción de necesidades naturales o históricas, se presenta ante todo como común a todas las épocas de la producción. Por consiguiente esta sustancia aparece en primer término como mero presupuesto, al margen de toda consideración de la economía política, y sólo ingresa a la esfera de esa consideración cuando las relaciones formales la modifican o al presentarse como modificadora de éstas. Las generalidades que se suelen expresar respecto a esa sustancia se limitan a abstracciones, las cuales tuvieron un valor histórico en las primeras tentativas de la economía política, cuando de la sustancia aún se extraían trabajosamente las formas y se las fijaba con grandes esfuerzos como objeto propio del análisis. Más ade-

lante se transformaron en acartonados lugares comunes, tanto más repugnantes cuanto mayor era la presunción científica con que se les enunciaba (14).

Este es ciertamente el más condensado resumen del materialismo de Marx. Nada del Marx teórico de la materia, teórico sí de las formas sociales de la producción. Tales formas son las que establecen las diferencias históricas. El sustrato de estas formas, la materia natural, sólo entra al campo del análisis científico, cuando las propias relaciones sociales así lo determinan, y al mismo tiempo, lo posibilitan. El objeto del análisis no es otro que el de conceptualizar lo que esas formas tienen de peculiar en el curso de la historia, y ello como resultado del propio desarrollo de la producción. Sin la forma social la naturaleza no puede tener sentido para el análisis científico. La pura sustancia natural es presocial, que sólo cobra vida con la actividad productiva transformadora del hombre. Las primeras tentativas de la economía política, se orientaron a examinar aquel sustrato material, pero de él, no pueden derivarse las determinaciones que rigen para lo social de lo social mismo inferido. De lo contrario el nacimiento de la economía política, hubiese acompañado a las formas más primitivas de la producción. El materialismo marxista es, por tanto, aquel que se ocupa de las formas sociales de la producción.

De nada sirve aporrear las palabras con la vana pretensión de que ellas mismas se vuelvan materialistas. Marx habla simplemente de cate-

NOTAS

101

(1) Karl Marx, Elementos. vol. 1, p. 267. Y en otra parte escribe: "el cultivo de todas las propiedades del hombre social y la producción del mismo como un individuo cuyas necesidades se hayan desarrollado lo más posible, por tener numerosas cualidades y relaciones; su producción como producto social lo más pleno y universal que sea posible (pues para aprovecharlo multilateralmente es necesario que sea capaz de disfrute, y por tanto cultivado al extremo) constituye asimismo una condición de la producción fundada en el capital". Ibid., p. 361.

(2) El capital. T. I, p. XIV.

(3) Roman Rosdolsky, Génesis y estructura de El capital de Marx (estudios sobre los Grundrisse). tr. León Mames, Mex., Siglo XXI Editores, 1978, p. 409.

(4) El capital. T. I, p. 431.

(5) Ibid.

(6) Carlos Marx, "Crítica del Programa de Gotha", Obras Escogidas en dos tomos, II, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, s. f., p. 17.

(7) El capital, T. I, p. 649.

(8) Elementos. vol. 1, p. 361.

(9) Elementos. vol. 1, p. 310.

(10) Elementos. vol. 1, p. 266.

(11) Alfred Schmidt, El concepto de naturaleza en Marx, traducción de Julia Ferrari Prieto y Eduardo Prieto, Mex., Siglo XXI Editores, 1976. La lectura de este libro es muy recomendable.

(12) La cita conocida dice: "la forma exterior ((...)) a diferencia de la realidad sustancial que en ella se exterioriza. ((...)) está sujeta a la misma ley que todas las formas exteriores y su fondo oculto. Las primeras se reproducen de un modo directo y espontáneo, como formas discursivas que se desarrollasen por su cuenta; el segundo es la ciencia quien ha de descubrirlo". El capital. T. I, p. 454.

(13) Alfred Schmidt, op. cit., p. 56.

(14) Elementos. vol. 2, p. 425.

FACULTAD FILOSOFIA Y LETRAS
Biblioteca Div. de Estudios Superiores

(15) Ibid., p. 464.

APENDICE A

LA CIENCIA: RECONOCIMIENTO Y IMPUNICION

Para algunos de los historiadores de la ciencia, ha sido más o menos difícil establecer las relaciones que pudieran existir entre el desarrollo de la ciencia y la historia social. Pero la misma historia social resultaría incomprensible, sino no pudiéramos fijar el análisis en el elemento que es común a todo tipo de sociedad, es decir, la fuerza social que produce los bienes necesarios para su supervivencia y reproducción. La historia humana en general, es la historia de todo lo que los hombres han producido en su existencia material; a dicho de otra manera, es la historia de las diferentes formas de existencia del trabajo social.

APENDICE A

LA CIENCIA: RECONOCIMIENTO E IMPUGNACION

Esto constituye un punto fundamental para cualquier análisis que quiera tener el carácter de no hacer de la historia del hombre un hecho científico, algo incomprensible y como independiente y ajeno a la historia social. La existencia de la ciencia depende de la existencia de tal y tal movimiento de la vida social está determinado principalmente por su estructura productiva. No es de decir que la ciencia exista hoy, simplemente porque no exista, otro fundamento que la energía, actividad y capacidad de persistencia a la vida social del hombre. Incluso puede decirse que la esencia de su estructura productiva es lo que ha permitido el desarrollo de las diferentes sociedades humanas. La ciencia (moderna) no produce historia; pero que la historia social existe. Es decir, igualmente existirán vínculos sociales que la perpetúan. Y nada de esto es ajeno a la forma social de producir.

El conocimiento de la historia del hombre ha ido a conformar personas integradas, aunque ciertamente en correspondencia con el desarrollo social que no ha sido en manera alguna uniforme. Si hoy sabemos

Para algunos de los historiadores de la ciencia, ha sido más o menos difícil establecer las relaciones que pudieran existir entre el desarrollo de la ciencia y la historia social. Pero la misma historia social resultaría incomprensible, sino no pudiéramos fundar el análisis en el elemento que es común a todo tipo de sociedad, es decir, la forma social como producen los bienes necesarios para su supervivencia y reproducción. La historia humana en general, es la historia de cómo los hombres han producido su existencia material; o dicho de otra manera, es la historia de las diferentes formas de existencia del trabajo social. Esto constituye el referente fundamental para cualquier análisis que quiera tener el cuidado de no hacer de la historia del que hacer científico, algo incomprensible y como independiente y ajeno a la historia social. El conocimiento científico recibe de la sociedad la sanción de tal; y el movimiento de la vida social está determinado primariamente por su estructura productiva. No se ha descubierto hasta hoy, acaso porque no exista, otro basamento que le otorgue unidad y capacidad de persistencia a la vida social del hombre. Incluso puede decirse que la densidad de su estructura productiva es lo que ha otorgado a las diferentes sociedades presencia histórica. La dispersión (nomadismo) no produce historia; para que la memoria social exista, deben igualmente existir vínculos sociales que la perpetúen. Y nada de esto es ajeno a la forma social de producir.

El conocimiento de la historia del hombre ha ido a esforzados pasos integrándose, aunque ciertamente en correspondencia con el desarrollo social que no ha sido en manera alguna uniforme. Si hoy sabemos

más de épocas pasadas, se debe a nuestra mayor densidad histórica, lo que tampoco es ajeno a la forma social de producir. Sin embargo, de algunas épocas de la historia humana no sabremos nunca mayor cosa. El lenguaje escrito, incluyendo los trazos más primitivos, nace en un estadio ya bastante avanzado del desarrollo humano. Formar conceptos y representaciones mentales le llevó al hombre milenios; y para colmo de males, las guerras de conquista y sojuzgamiento destruyeron acervos culturales y fuentes históricas, cancelando la posibilidad de conocimiento sobre tales épocas. Las analogías, las comparaciones y otros métodos, intentan suplir hasta donde se puede, esas lagunas del conocimiento histórico.

Pero el hombre en realidad evoluciona de ser natural a ser histórico; lo que tiene su correlato en que se hace historia cuando se sabe que se hace. Este reconocimiento no le ha pertenecido a todo grupo social; la socialidad misma debe construirse, y se construye partiendo de una cierta forma de la producción social.

La producción de bienes es la mediación necesaria entre la naturaleza y la sociedad humana. El espectáculo de transformar a la materia mediante el trabajo, sólo puede tener sentido para la propia sociedad. Por lo mismo, le es dable al hombre la alegría de la producción; es decir, el eterno proceso de historizar a la naturaleza. Aquí se inscribe su propuesta como ente histórico, transformador y pensante. Sin la intervención humana la naturaleza no puede otorgarse sentido histórico.

Es este sentido histórico general el que sanciona al quehacer

científico, y no el estrecho utilitarismo que de él pudiera hacerse. Con esto queremos decir que los márgenes históricos para el desarrollo de la ciencia y su aplicación, están delimitados por el espacio social. Y es por lo tanto, claramente reconocible, que han existido épocas que favorecen el conocimiento científico, otras que lo hacen en menor medida y otras que simplemente lo impiden. Por lo mismo, más de un conocimiento científico o la aplicación técnica del mismo se ha perdido; esto es, que no llegaron a obtener la sanción social de tales. El medio social no siempre tiene la capacidad de conservar y reproducir el total de sus creaciones.

Lo que hoy conocemos por ciencia y sus aplicaciones tecnológicas, es una conquista relativamente reciente del género humano. Y aquí de nuevo, a la forma capitalista de producción que inicia en la historia del mundo la época de la producción en masa, corresponde por ello mismo, el mayor desarrollo de la ciencia y su empleo tecnológico. Sería legítimo decir que el grado de generalidad con que se da la producción de mercancías, se corresponde con el grado de generalidad peculiar del conocimiento científico. La ciencia formula leyes que son válidas para enunciar el comportamiento de conjuntos numerosos; la producción capitalista opera siempre en la escala de los grandes números. No se produce para pequeñas villas o pueblos, sino para consumos nacionales y mundiales. Este horizonte cuantitativo, consustancial de esta forma de producción, no puede dejar de tener incidencia en la generación del conocimiento científico; más bien, lo modela a su imagen y

para los fines de este tipo de producción. Como dice Zavaleta Mercado, "existe la ciencia requerida por la base económica" (1). Un conocimiento científico es la potenciación de la capacidad humana para resolver problemas; y partiendo de la base económica a la que nos hemos referido, no se produce ni ciencia ni tecnología para atender a la excepción de la regla, se las produce para que funcionen en la proporción masiva. Esta es una de las características fundamentales de la ciencia de nuestro tiempo.

Por ello mismo la ciencia se ha vuelto plebeya, puesto que su desarrollo es pivoteado por el movimiento de ese personaje prosaico llamado mercancía. Para la ciencia antigua esto sería bastante intolerable; para la de hoy es enteramente normal, aunque subjetivamente los dedicados a la actividad científica se consideren muy por encima de aquel prosaísmo.

Pero a la forma mercancía de la producción social, se debe también, el haber hecho de la ciencia una actividad profesional, es decir, sistemática y no de aficionados o simples curiosos, y de los científicos, especialistas en una rama de la división social del trabajo. En este frente los mecenas han desaparecido para siempre de la arena del mundo; el régimen económico es el primer interesado en que se haga ciencia. Y desde luego por razones varias: económicas, políticas e ideológicas.

Podemos incluso ubicar el punto de demarcación entre la ciencia

actual y la antigua, en el hecho de lo que Marx llamó la subsunción real del trabajo al capital, señalando con ello mismo la refuncionalización de la ciencia en un proyecto histórico definitivamente de clase. La conocida cita de El capital, que aquí viene a cuento, reza lo siguiente:

Así, pues, mientras que hasta aquí, al estudiar la producción de la plusvalía, partimos siempre de un régimen de producción dado, ahora que se trata de obtener plusvalía convirtiendo el trabajo necesario en trabajo excedente, no basta, ni mucho menos, que el capital se adueñe del proceso de trabajo en su forma histórica tradicional, tal y como lo encuentra, limitándose a prolongar su duración. Para conseguir esto, tiene que transformar las condiciones técnicas y sociales de proceso de trabajo, y, por tanto, el mismo régimen de producción hasta aumentar la capacidad productiva del trabajo, haciendo bajar de este modo el valor de la fuerza de trabajo y disminuyendo así la parte de la jornada de trabajo necesaria para la reproducción de ese valor (2).

Y en otra parte, para insistir sobre lo mismo dice: "darle a la producción un carácter científico es, por ende, la tendencia del capital" (3).

Producción, por tanto, de plusvalía relativa. He aquí el secreto del desarrollo de la ciencia bajo la forma capitalista de producción.

Para dejar bien establecido el punto, vamos a ofrecer otra idea de Marx:

'La producción por la producción' -la producción como fin en sí misma- ya entra en escena por cierto con la subsunción formal del trabajo en el capital, no bien el fin inmediato de la producción llega a ser, en general, producir una plusvalía lo más grande y lo más abundante posible, no bien el valor de cambio del producto llega a ser el fin decisivo. Con todo, esta tendencia inmanente de la relación capitalista no se realiza de manera adecuada -y no se convierte en una condición necesaria, incluso desde el ángulo tecnológico- hasta tanto no se haya desarrollado el modo de producción específicamente capitalista y con él la subsunción real del trabajo en el capital (4).

La ciencia así parida no puede menos que arrastrar los estigmas, tanto positivos como negativos de su progenitor. Este modo de producción construye, por lo tanto, las condiciones para la aplicación eficaces del conocimiento científico; por ello mismo, representa un avance indiscutible con respecto a las anteriores formas de la producción social. Pero no menos cierto es que la ciencia dominada por el capital no puede ser el modelo eterno del saber científico; tiene las limitaciones históricas que el propio régimen económico arrastra consigo. Más adelante retomaremos este punto.

Ya otros autores han señalado que el régimen capitalista inicia en la historia del mundo, el tipo de sociedad que hace verdadera vida económica en común. El tiempo social de trabajo se convierte, por primera vez, en una variable cuantificable, y que debe además, cuantificarse. Aquí se da un comportamiento uniforme y promedio del movimiento económico; los productores sólo cuentan como partes integrantes de una totalidad de productores. El todo social se vuelve homogéneo: todos son productores, poseedores y consumidores de mercancías. La forma mercancía deviene una generalidad, y por lo mismo, "sólo el tiempo de trabajo socialmente necesario cuenta como fuentes de valor" (5). Aquí el cálculo económico es el signo de los tiempos, y la ciencia no se orienta primariamente, como tampoco lo hace el aparato productivo que asimila su concurso, a la producción de valores de uso (satisfacción de necesidades), sino a la producción de valores de cambio (expansión del valor capital). De allí la artificialidad de muchas de sus aplicaciones, en el sentido de que en nada contribuyen al bienestar humano.

Visto así el panorama no hay porqué minimizar, aunque tampoco exagerar, los logros del conocimiento científico. Y cae en la más pura vaciedad la pretendida asepsia de la ciencia, cuando se postula ser ajena y no estar condicionada por su medio social. Si el capital es la relación económica omnipresente, se apropia también del saber científico en similares términos de como lo hace con la productividad social del trabajo. La productividad del trabajo mismo sólo tiene fines

capitalistas, y para aumentar la plusvalía social. Y en tanto ello es así, impone por lo mismo una camisa de fuerza a la aplicación y desarrollo del conocimiento científico. Una justa evaluación debe comprender, tanto los logros del conocimiento científico como sus limitaciones, o más propiamente dicho, sus degeneraciones impuestas por el régimen económico. Por eso no es injustificado el corajudo cuestionamiento que enseguida transcribimos:

Esta ciencia de nuestros días, que envía hombres al espacio, no es más que una expresión falsa de la grandeza del género humano; describe una realidad mediocre y justifica la existencia de una raza de esclavos. La ciencia actual cumple las mismas funciones que la religión en la Edad Media: con su inteligencia eterna, compensa la estupidez cotidiana del proletariado. Canta en cifras grandilocuentes la grandeza del género humano cuando no es otra cosa que la suma organizada de sus limitaciones y su enajenación.

Del mismo modo que la industria tiene por destino liberar al hombre del trabajo mediante el maquinismo y no hace sino enajenarlo a las máquinas, la ciencia, que pretende liberarlo de la naturaleza, no hace sino enajenarlo a una sociedad irracional y ahistórica. Los científicos, mercenarios del saber, no conciben al hombre como sujeto, como acción, como vida, sino que los transforman en cifras, modelos u objetos (6).

Podemos ilustrar todavía más la impotencia de esta ciencia, su tragedia, con la siguiente información tomada casi literalmente de una nota de periódico:

En México mueren al año, aproximadamente 100 mil niños por enfermedades infecciosas y mala nutrición. De los dos millones y medio de niños que nacerán en el país este año (1980), millón y medio sufrirán daños físicos y cerebrales a causa de la desnutrición; 40 por ciento de los niños que nacen han sufrido grados variables de este mal en el útero. Por lo menos un millón de niños nace cada año de padres desnutridos; muchos de ellos adquirirán esta enfermedad mucho antes de nacer, y serán condenados a incorporarse a la población con hambre del país.

En el medio rural y semiurbano, los niños menores de dos años suelen estar enfermos uno de cuatro días debido a su mala alimentación. También 22 de cada 100 niños del medio rural y 40 de cada 100 del medio urbano tiene peso y estatura normales, todos los demás, es decir la mayoría, están 'chaparros y bajos de peso'.

De cada 100 niños que nacen en el medio rural 40 son prematuros, ya sea porque nacen antes de los nueve meses o porque les falta peso, o por las dos cosas. Estos niños sobreviven lesionados de cuerpo y espíritu y en su vida poste-

rior estarán afectados en su creatividad, productividad y en vejecerán antes de tiempo. En el campo la mayoría de los niños nacen con un peso por abajo de lo normal: dos kilos 500 gramos, y si son prematuros se enferman más y tienen más riesgos de morir.

Veinte mexicanos de cada 100 nacen con bajo peso, en algunas zonas se alcanza hasta 40 de cada 100. Y aun los que nacen con peso normal lo hacen con muy bajas reservas y a partir del cuarto mes la mayoría de los mexicanitos empiezan a retrasar su desarrollo, porque la leche materna no es suficiente y no les dan alimentación suplementaria. Etc., etc., (7).

Para el hambriento no significan nada los avances obtenidos en las ciencias de la nutrición. Más bien aflora aquí, esa impotencia de la ciencia subyugada por el capital; se sabe incluso más de lo que la relación productiva permite utilizar. Pero además ¿cuántos científicos potenciales simplemente se mueren de hambre? La ciencia no ha construido, ni su espacio social de desarrollo ni las vías para su aplicación. Ambos son determinados por la estructura productiva del capital y no por el saber científico. Este último es una derivada y no el elemento determinante; o, para decir lo mismo, el proceso social subordina al proceso científico.

Por lo dicho, arribamos hoy en México a la etapa en que el pretendido apoliticismo de la ciencia, habrá de ser sustituido por la to-

ma de conciencia de los científicos a favor de los explotados y oprimidos. Aquel apoliticismo no fue cierto más que en términos puramente ideológicos, fomentado por la estructura de poder capitalista. Como la historia por fortuna cambia, la supuesta neutralidad de la ciencia tiene que dar paso a las definiciones políticas. La ciencia militante de nuestros días no es ninguna artificialidad; se nutre tal actitud, de la simple constatación de esa realidad mediocre, a la que se refería el párrafo de líneas anteriores. Es el momento, son las condiciones y es en muy buena medida el futuro.

El arribo de México a una escala más alta en el proceso de desarrollo de sus fuerzas productivas, o en otros términos, en el proceso de acumulación de capital, plantea exigencias inmediatas al conocimiento científico y sus aplicaciones técnicas. Fundamentalmente se trata de hacer más productivo el trabajo social, lo cual no podrá lograrse sin el concurso de la ciencia y de la técnica. Buena parte del aparato productivo nacional tiene que subir sus niveles de eficiencia, puesto que la competencia en sus varias facetas así lo está determinando. Aquí se inscribe el no desdeñable esfuerzo para el desarrollo técnico-científico nacional, incluyendo la formación de cuadros altamente calificados. Por fortuna no se parte de cero, pues el acervo técnico-científico existente está muy por encima del de países de menor desarrollo, por ejemplo. Nuestro acervo técnico-científico ha crecido sustancialmente en los últimos veinte años, y no hay duda de que tal tendencia habrá de mantenerse. Todo el apoyo financiero estatal y los muy va

riados programas técnico-educativos, están señalando la necesidad de llenar vacíos en la nueva perspectiva económica del país.

Este tránsito histórico se da al mismo tiempo que el aparato productivo del capitalismo mundial, se aboca a una sustancial y profunda remodelación, con la mira de ajustarse tanto a las limitaciones que está imponiendo el costo creciente de los energéticos (petróleo), como a la emergencia de patrones nacionales de consumo de países de menor desarrollo, que por necesarias razones históricas y políticas, no contemplan repetir el esquema consumista de los países capitalistas desarrollados. Dicho con ejemplos: países como Nicaragua, Mozambique, Tanzania, Angola, Granada, y en el futuro inmediato El Salvador y Guatemala, están interesados en dar salud, vivienda, empleo y comida a su población, y no en comprar automóviles de lujo o cualquier otro bien sofisticado, cuya calidad de satisfactores es puramente artificial. Fidel Castro dijo una vez, y con razón, que era más fácil producir un automóvil que criar un toro.

La técnica y la ciencia tienen aquí objetivos más elementales que cubrir, y tendrá que hacerse incluso para la propia supervivencia del régimen capitalista. Si por ejemplo, en un supuesto optimista, la tecnología mundial existente se pusiera al servicio de las necesidades de los pueblos, sería a todas luces insuficiente. Más de una rama productiva vital no ha recibido de tal tecnología ninguna o casi ninguna atención; o también, orientada por la ganancia, tal tecnología resulta cara o profundamente nociva en sus efectos secundarios (en líneas pos-

teriores diremos más sobre este último aspecto).

La bancarrota de la tecnología del monopolio se expresa hoy en lo que señala Arturo Aldama: "las grandes empresas electronucleares se dedican ahora a vender sus equipos, que se han convertido en chatarra, a los países del Tercer Mundo" (8). Pero para colmo de males, en el V Congreso del Instituto Internacional del Uranio, se manifestó la preocupación de una "penuria mundial de uranio si no se descubren nuevos yacimientos" (9). Para quien quiera ver, lo anterior está indicando que el modelo tecnológico implementado por el capital monopólico internacional, es irrepetible para la parte atrasada del mismo sistema mundial capitalista. Y por razones varias: su sustancial atraso tecnológico, la carencia de perspectivas en el largo plazo de tal tipo de tecnología, y la más decisiva, las condiciones fuertemente politizadas en las que se da la acumulación de capital en los países de menor desarrollo. Este último es un factor que no siempre estuvo actuante en los países adelantados, o no lo estuvo con la intensidad en que sí lo está en el presente de los países capitalistas de menor desarrollo. Aquí ya no puede el capital seguir actuando, haciendo caso omiso de la presión popular. Este es el signo de nuestra época. Los tiempos tranquilos y felices de la burguesía han periclitado para siempre; se bate en retirada, haciendo esguinces y quitándose golpes, pero hallando a cada paso la amenaza implacable de sus sepultureros. Viéndolo bien, la burguesía es una clase infeliz, no tiene futuro. De allí los negros designios que le ha impreso a la ciencia, en los frentes policiacos y mili-

tares (10).

El filósofo de la ciencia Ludovico Geymonat, menciona lo que él interpreta como "la ingenua fe del hombre de la calle en los progresos de la técnica" (11). Pero hay que decir, en desacuerdo con la formulación de Ludovico, que la tal fe del hombre de la calle no expresa sino su impotencia y arrobamiento ante esa técnica fuera de su control, y harto discutible que haya servido para elevarlo como ser humano. La técnica y la ciencia de nuestros días no se han ocupado del hombre; moldeadas de acuerdo a la producción de mercancías y para hacer más eficaz la sustracción de la plusvalía, el hombre sólo ha contado como objeto de trabajo. Aquí la cosa se impone y determina, por ello mismo, esa transformación del hombre en cifras, modelos u objetos. La gloria es para el objeto no para el hombre.

La gran impostura de esta ciencia, que contradice la excelsitud de su racionalidad, se manifiesta en que ha contribuido a destruir el habitat humano, ha contaminado los mares, produce desechos tóxicos para animales, plantas y el hombre mismo. Ha hecho de las grandes ciudades los grandes infiernos de nuestra época; su concurso ha sido decisivo en el vano propósito de atajar las guerras de liberación de los pueblos (recuérdese Vietnam). Ha destruido el ozono atmosférico, y todos los días envenena la vida del hombre común por el consumo involuntario de pesticidas, plaguicidas y fertilizantes usados en la agricultura. Las plantas destintadoras de papel, para sólo citar un ejemplo, arrojan desechos de plomo y otros, que dejan envenenados y ciegos a los pe

ces. Casi no hay aplicación de porquería científica alguna, que no tenga efectos secundarios nocivos, como el enterovioformo, los anticonceptivos, los conservadores de alimentos, etc. Incluso los avances en la medicina, que en buena parte se reducen al mayor empleo de fierros y pastillas, han hecho del médico un profesional cada vez más tonto e inútil. La tierra misma está sufriendo los efectos nefastos de los plásticos; para no mencionar la amenaza latente de una guerra termonuclear.

Y al lado de toda esta gigantesca estupidez ¿qué ha recibido el hombre común? Nada. Esta ciencia no se ha ocupado del hombre, se ha ocupado del sistema en el que el hombre es sólo una pieza amorfa susceptible de manipulación. Por eso, para el hombre de la calle, tal olla de mierda no puede sino llevarlo a cuestionar la pertinencia y utilidad de tal tipo de ciencia. La fatuidad y petulancia de los vuelos espaciales, como la vesanía del armamentismo, reposan ambos sobre montañas de miseria humana. Lo que con aquéllos pudiera descubrirse está controlado por los estamentos del poder y por los brujos que celosamente guardan sus secretos. Toda esta pedantería mal puede tener significado alguno para el hombre común.

Al ser humano de nuestra época le está ocurriendo que no puede salir de las trampas que él mismo se ha construido, y al no poder salir, las presenta como las glorias máximas a las que se puede aspirar. Como dice Jean-Jacques Salomon, "el hombre de ciencia se hace trampas a sí mismo al invocar la neutralidad del discurso científico para ignorar

la función que ejerce en la sociedad" (12).

Pero tal neutralidad ya no tiene cabida en los tiempos actuales. En líneas anteriores asentamos que el modelo tecnológico-científico implementado por los países capitalistas adelantados, no puede repetirse en los países de menor desarrollo. También nos referimos a las condiciones fuertemente politizadas en las que se da la acumulación o reproducción del capital en estos últimos, lo que en la ciencia se traduce en la toma de partido de los científicos por los explotados y oprimidos. Tal perspectiva, que no es una elección antojadiza sino derivada de carencias fundamentales de amplios sectores de la población, es la que puede nutrir en el caso de México, un quehacer científico original, creador y no simple objeto manipulable. Es la historia del momento, y es también, el cambio de la historia.

Con lo dicho no estamos postulando que exista una ciencia burguesa o proletaria; la ciencia es un producto general del desarrollo humano (Marx), pero por ello mismo, condicionada por su espacio social. Y justamente en la medida en que se reconozca tal hecho, podrá defenderse lo mejor de la ciencia y la más pertinente aplicación de sus resultados. Bien dice Semo, la ciencia no puede ser reducida a simple "apéndice de la política", pero tampoco ser una ínsula aséptica en un medio social cambiante.

Los hombres actúan a través de sus mediaciones sociales y no solitariamente. Pensar lo contrario equivaldría a tanto como negar que

se vive en sociedad. Por ello, si la ciencia aspira a contribuir a la transformación del mundo del hombre, los científicos comparten en similares términos tal cometido, por la razón de que antes que científicos son sujetos sociales.

Las sociedades han cambiado siempre su forma pero no las determinaciones esenciales de su existencia. De allí que la ciencia tenga espacios móviles, es decir, susceptibles de ampliación o reducción, de acuerdo con esas determinaciones sociales generales, aunque mediadas por la particular forma que la sociedad asuma a cada trecho histórico. Por ello es la ciencia un producto general del desarrollo humano. La civilización de la mercancía, inserta en ella el estamento científico-tecnológico de nuestros días, ha agotado o está agotando dentro de esta perspectiva del desarrollo general humano su proyecto histórico. Por lo mismo, y para conservar lo mejor de las creaciones, tendrán que imponerse nuevas modalidades en el quehacer científico, pues el que hemos venido impugnando no resiste la prueba de ser el único posible.

Para el caso de México hay aquí margen para el despliegue de lo mejor de las capacidades, pues los problemas del hombre tendrá que resolverlos el hombre mismo. Tales son los términos de nuestro momento y de nuestra dimensión histórica.

NOTAS

(1) René Zavaleta Mercado, "Las formaciones aparentes en Marx", revista Historia y Sociedad. # 18, Mex., 1978, p. 10.

(2) Carlos Marx, El capital. T. I, Mex., FCE, 1971, p. 252.

(3) Karl Marx, Elementos fundamentales para la crítica de la economía política 1857/58. vol. 2, Mex., Siglo XXI Editores, 1972, p. 221.

(4) Karl Marx, El capital libro I-capítulo VI inédito, Mex., Siglo XXI Editores, 1975, p. 75.

(5) El capital, op. cit., p. 141.

(6) Carlos Alvarez, Alfredo Chozas y otros, El silencio del saber (notas para otra filosofía de las ciencias). Mex., Editorial Nueva Imagen, 1979, p. 27.

(7) Uno más Uno, 1/X/1980. La nota es una reseña de opiniones vertidas por Rafael Ramos Galván, jefe de la División de Pediatría del IMSS, y por Acacio Edmundo, del Instituto Nacional de Nutrición y el Comité para la Investigación en el Desarrollo Rural (COPIDER).

(8) Arturo Aldama, "Epílogo antinuclear", Uno más Uno. 14/IX/1980.

(9) El Día, 4/IX/1980.

(10) "La NARMIC (National Action Research on the Military Industrial Complex), proporcionaba una nómina de diez enfermedades cuya diseminación era motivo de estudios de 'factibilidad' en laboratorios secretos contratados por el Departamento de Defensa. Su mención podría dar la mejor idea de lo que se buscaba: antrax, brucelosis, plaga neumónica, tularemia, sítisicosis, encefalitis equina oriental, encefalitis equina de Venezuela, fiebre Q, fiebre de las Montañas Rocosas y botulismo. Los expertos hacían la evaluación de los efectos de cada una de ellas y, como en el caso de la fiebre neumónica, indicaban que tenía un ciento por ciento de probabilidad fatal en caso de ser contraída. Una observación anexa era la siguiente: 'los gérmenes permanecen activos en el agua desde dos hasta treinta días, en muchas áreas durante dos años y a temperaturas templadas entre dos y doce meses'". Gregorio Selser, "Se fabrican armas diabólicas", El Día, sin fecha porque al autor del

presente trabajo se le pasó anotarla.

(11) Ludovico Geymonat, Filosofía y filosofía de la ciencia, Barcelona, Editorial Labor, 1972, p. 123.

(12) Jean-Jacques Salomon, Ciencia y política, Mex., S. XXI Edit., 1974, p. 219.

Todo régimen económico se funda siempre en una determinada relación entre la sociedad y la naturaleza. El hombre que hace su historia, no ha dejado por ello de ser un ente natural. Por muy variadas formas que revista el desarrollo social, está presente siempre como sustrato el medio natural. El hombre es el sujeto histórico-natural que adquiere la facultad de pensar, lo que le significa la posibilidad de normar sus actos racionalmente. La racionalidad histórica es una construcción humana, como lo son también las diferentes formas que se revestido la relación productiva; es decir, el vínculo necesario entre la sociedad y la naturaleza. El hombre produce y reproduce su medio natural, convirtiéndolo en parte constituyente de su capacidad de vivir. Hay producción de riqueza, por ejemplo, con la intervención humana se obtienen nuevas variedades de plantas, animales y se hacen más fértiles las tierras; y hay reproducción, cuando se impide la desaparición de formas de vida que se sabe son útiles y beneficiosas al ser humano. No basta decir que no hay aquí diferencias absolutas, que hay sólo de formas.

APENDICE B

CAPITAL, ECOLOGIA Y SUPERVIVENCIA

Esta estrecha dependencia del hombre con respecto a su medio natural, le impone límites a cualquiera que sea su proyecto social, por lo condiciona en sus fundamentales determinaciones. El hombre no ha dejado de ser dependiente de su medio natural (la tierra por ejemplo), y es improbable que lo llegue a ser alguna vez. Lo que está cambiando sus limitaciones, tal vez infranqueables, como que natural-históricas. Cuando por descuido, o como resultado de la fuerza social de

Todo régimen económico se funda siempre en una determinada relación entre la sociedad y la naturaleza. El hombre que hace su historia, no ha dejado por ello de ser un ente natural. Por muy variadas formas que revista el desarrollo social, está presente siempre como sustrato el medio natural. El hombre es el sujeto histórico-natural que adquiere la facultad de pensar, lo que le significa la posibilidad de normas sus actos racionalmente. La racionalidad histórica es una construcción humana, como lo son también las diferentes formas que ha revestido la relación productiva; es decir, el vínculo necesario entre la sociedad y la naturaleza. El hombre produce y reproduce su medio natural, convirtiéndolo en parte consustancial de su capacidad de vivir. Hay producción del medio natural, cuando por ejemplo, con la intervención humana se obtienen nuevas variedades de plantas, animales o se hacen más fértiles las tierras; y hay reproducción, cuando se impide la desaparición de formas de vida que se sabe son útiles y benéficas al ser humano. Huelga decir que no hay aquí diferencias absolutas, las hay sólo de forma.

Esta estrecha dependencia del hombre con respecto a su medio natural, le impone límites a cualquiera que sea su proyecto social de vida; lo condiciona en sus fundamentales determinaciones. El hombre no ha dejado de ser dependiente de su medio natural (la tierra por ejemplo), y es improbable que lo llegue a ser alguna vez. Lo cual está indicando sus limitaciones, tal vez infranqueables, como ser natural-histórico. Cuando por descuido, o como resultado de la forma social de

producir, se ha atentado contra ese sustrato natural de la existencia social, la naturaleza se ha encargado de recordarle al hombre las fronteras hasta donde puede llegar, franqueadas las cuales la vida se vuelve imposible.

El desarrollo del modo capitalista de producción ha llegado a un punto tal de destructividad del medio natural, que la vida humana se está volviendo imposible. Casi toda la ciencia y la tecnología empleadas en la producción, tienen efectos secundarios nocivos sobre el medio natural, y, por lo tanto, sobre las posibilidades para la vida futura. El sobredesarrollo de las capacidades de producción, impulsado por este régimen económico, está llevando al género humano a una catástrofe ecológica, pues atenta severamente contra las potencialidades para la vida del medio natural. Hoy están contaminados los mares, los peces, los bosques, la tierra, y por si no fuera suficiente, el hombre se ha encargado de hacer una cacería y pesca irracionales, que han conducido a la desaparición de especies enteras de animales. Hace no más de treinta años, los ríos daban abundante comida de peces y quelonios; estos últimos prácticamente han desaparecido. Y a como van las cosas, es altamente probable que los animales domesticados por el hombre también desaparezcan de la faz de la tierra.

A este sistema económico no lo está derrotando, por lo menos en los países de capitalismo avanzado, el proletariado revolucionario del que hablaba Marx; lo está derrotando la naturaleza, aunque a un costo enorme para la vida presente y futura. Y en este punto hay que seña-

lar, que exceptuando la revolución rusa de 1917, que fue la más cercana a una revolución proletaria, el siglo que ya casi concluye no ha conocido ninguna otra revolución proletaria. Incluso en la revolución rusa, los campesinos desempeñaron un papel enteramente decisivo. Eran de hecho los que estaban haciendo la guerra, contra la intervención imperialista que amenazaba a la Rusia de aquellos años. Como bien dice Mattick, "los obreros, que no constituían entonces más que una débil parte de la población, no tuvieron una influencia real sobre el carácter de la revolución rusa" (1). Y con más contundencia, reproduciendo palabras de Zinóviev, asienta:

No fue la vanguardia proletaria la que se batió a nuestro lado, la que decidió nuestra victoria, sino más bien el apoyo que nos concedieron los soldados porque nosotros queríamos la paz. Y el ejército eran los campesinos. Si no hubiéramos estado apoyados por millones de soldados campesinos, no habríamos vencido nunca a la burguesía (2).

Por lo tanto, en el más estricto sentido, durante este siglo el mundo no ha conocido una revolución proletaria. Mattick va aun más lejos cuando dice: "fueron los obreros y no la burguesía los que llevaron a cabo la revolución burguesa" (3). El mundo ha conocido ciertamente revoluciones populares, o dicho en otros términos, revoluciones hechas por las grandes masas del pueblo, y en este caso están todas las revoluciones habidas en nuestra época. Por lo tanto, teniendo presente el curso real que la historia ha tomado y la situación actual de los

países de capitalismo avanzado, valdría preguntar si es dable esperar en el mediano plazo la alternativa revolucionaria del proletariado como solución a los problemas que el sobredesarrollo del capital ha producido. Y por otra parte, es bastante claro que lo que suceda en aquellos, tiene decisiva repercusión en los países de menor desarrollo. Ante un agotamiento de sus fuentes naturales de materias, el capital de las grandes potencias no hace sino virar hacia los países que puedan tener dichas materias, los posibles sustitutos o elementos muy variados de recambio. No es poco lo que se está jugando, sino la posibilidad de preservar lo que la naturaleza ofrece a la vida humana.

Se sabe de sobra que el régimen del capital ha destruido y continúa destruyendo la naturaleza. Y en los momentos actuales, es ésta también, que no la oposición política del proletariado revolucionario, la que hace más difícil la valorización del capital. Bien dice André Gorz, "la crisis actual del capitalismo tiene por causas un sobredesarrollo de las capacidades de producción y la destructividad, generadora de escaseces insuperables, de las técnicas empleadas" (4). Pareciera una idea más naturalista que histórica, pero nada que suceda en la historia puede dejar de tener consecuencias sobre la naturaleza, pues ésta es para el hombre su receptáculo insustituible. Por eso señalábamos en líneas anteriores, que la naturaleza se encarga de ponerle al hombre límites insuperables, o sólo superables a condición de poner en peligro la existencia humana misma. Y por lo menos puede mantenerse la confianza de que la humanidad no marche hacia su propia aniquilación.

El hombre es parte del universo. El desarrollo humano no es sino la tendencia fundamental de apropiarse aquel universo, pasando por formas sociales de menor a mayor complejidad. Este es un proceso integrador y totalizante, el mismo que ha conducido a nuestro actual grado de socialidad. Sólo socialmente el hombre puede apropiarse el universo, aunque sin dejar de ser un ente natural. Le es dable hacer su propia historia, pero no llevarla hasta límites que representarían su total negación como ser humano.

El régimen del capital está poniendo de manifiesto lo anterior, impelido por su propia forma de producir. Ha tenido la capacidad de casi nulificar la oposición de a quienes explota, pero ante los límites puestos por la naturaleza es impotente. Este régimen económico es esencialmente totalizante, por ello sus efectos alcanzan por igual a todo mundo. Y acaso la naturaleza, más sabia, se encargue de hacer buena parte de la tarea que a la oposición proletaria le ha sido hasta hoy un imposible realizar.

El régimen del capital, como ya se ha dicho, ha simplificado los términos del acontecer histórico, al parir dos clases antagónicas fundamentales y claramente identificables: la burguesía y el proletariado. Erigidas a partir del modo de producción, es decir, el modelo científico de relaciones productivas ratificables para toda sociedad capitalista, han librado sus luchas con éxito variable para la una o para la otra, y la lucha por supuesto continúa. Pero la dinámica de la producción capitalista, esencialmente violenta, la está acercando hoy más

a su límite natural que a su límite histórico. Y en esto, para la burguesía ha contado siempre más su determinación de clase dominante, que sus propias determinaciones como simples seres humanos. La sinrazón se ha impuesto aquí por la fuerza, y en contra de la razón simplemente humana.

El régimen del capital convirtió al tiempo de la existencia histórica, en un tiempo cuantificable de trabajo social. Aquí la cantidad es la norma y la directriz, de allí la violencia con la que se ejerce la producción capitalista. Se violenta para el trabajo al productor y también a la naturaleza convertida en medios de producción. El susurro "ritmo acelerado de la vida moderna", tiene su razón última en el aceleramiento con que se da la producción. El capital en su desarrollo se olvida del hombre y de la naturaleza, éstos sólo cuentan como objetos para el trabajo. Nadie está negando aquí que se deba trabajar, pero una cosa es hacerlo para la realización humana y otra muy distinta para la expansión del capital y de su poderío.

Pero el tiempo histórico así forzado, que implica igualmente un forzamiento de los ritmos de la naturaleza, no puede sino producir catástrofes tanto para la vida social como para la naturaleza. Lo necesario para el capital, puede ser innecesario para la vida del hombre. Los cuantos del capital no tienen sentido para el todo social. Si la vida social puede bastarse con una magnitud menor de tiempo de trabajo, el excedente es un sacrificio inútil que empobrece y arruina la existencia. El tiempo socialmente necesario de trabajo, tiende histó-

ricamente a ser una magnitud decreciente para el capital. Este de lo que se apropia bajo la forma de plusvalía, es de tiempo excedente de trabajo, es decir, el remanente de lo que el obrero necesita para reproducirse y mantenerse como obrero. Pero el mismo desarrollo de la capacidad social productiva, da como resultado que se produzca lo necesario en menor tiempo, por lo que desde el ángulo social se cancela la fuente que nutre al capital. En resumidas cuentas esta es la pelea perdida del capital, a pesar de los enormes esfuerzos que pueda hacer para mantener ajustado a su ritmo el tiempo socialmente necesario de trabajo.

El tiempo histórico que el capital ha parido, dinamizado por el núcleo del tiempo productivo social, no gravita en el sentido de eternizar al régimen capitalista, sino en el sentido de su abolición. Sólo el capital magnifica la cantidad tiempo de trabajo social, pero ha habido sociedades que han producido menos, han trabajado menos y han vivido mejor. Por lo que si el ciclo histórico ha de cerrarse cambiando su forma, al tiempo de trabajo social convertido en valor por el capital, habrá de sustituirlo el no valor de ese mismo tiempo social de trabajo. No ha sido demostrado por la historia que la cantidad sea la única dimensión de lo humano. La envoltura capitalista cifra su proyecto en lo más, la historia general del hombre sólo lo puede cifrar en lo que es pertinente para el hombre. Tales son los términos y tal es la artificialidad de la relación productiva capitalista.

Por otra parte, la producción capitalista ha hecho del productor,

un productor inútil para sí mismo. Nada de lo que el obrero produce contempla el cometido de servirle en forma directa como satisfactor. El ciclo producción-consumo está mediado por el movimiento del mercado, lo que significa que aquel ciclo se completa, siempre y cuando los consumidores dispongan de la respectiva capacidad de compra. Los obreros producen zapatos, pero andan mal calzados; producen ropa, pero andan mal vestidos; producen alimentos, pero comen mal. Se trata, por lo tanto, de la producción de una riqueza ajena y extraña al productor. Lo hace dependiente del dinero, es decir, de su capacidad de compra y no de su capacidad como productor. Tal cosa lo conduce necesariamente a la inutilidad para sí mismo como productor. Todo su esfuerzo por transformar la naturaleza con su trabajo, no se traduce en plenitud del acto productivo y del acto de consumo, sino exactamente en lo contrario: miseria como productor e insatisfacción eterna como consumidor.

Por consiguiente, así como el capital violenta la producción, así también violenta el consumo. Para el capital el mundo debe consumir a fuerza, sea lo que sea y hasta las cosas más increíbles e inútiles. Si una familia puede comprar cuatro automóviles, otros tantos televisores o atiborrar el guardarropa, tanto mejor para el capital. Esta violencia sólo puede traducirse en el agotamiento prematuro de las materias naturales empleadas en la producción, y a renglón seguido, en la búsqueda a marchas forzadas de posibles sustitutos. ¿Quién le ha dicho a un país como México, que debe extraer en el menor plazo posible su pe-

tróleo? La estructura productiva fundada en el capital, nadie más. De esto están ausentes los trabajadores y el pueblo mexicano. Es el poder el que decide y nadie más que el poder. Cuando el petróleo se acabe, el pueblo mexicano seguirá estando más o menos igual de pobre. Ya pasó con el oro, con la plata, con el azufre, con nuestros mantos de aguas subterráneas, etc., etc.

La vida social que ha producido el capital, más bien está llena de insatisfacciones ante un mundo pleno de aparentes satisfactores. Para las grandes ciudades de nuestros días, por ejemplo, pareciera que nada habrá de ser suficiente para el vivir. Bien se piense en medios de transporte, abastecimiento de agua, conjuntos habitacionales, ejes viales, medios de diversión, clínicas y hospitales, etc., etc. La razón última de este gran desgarrate, es que el capital ha hecho del hombre un no ser; insatisfecho eterno y cada vez más necesitado. Por eso la propuesta de todos los tiempos, aunque definida con entera claridad para el productor en el régimen capitalista, es que el hombre pueda controlar su medio social; es decir, el todo de sus relaciones productivas. Sólo una propuesta de este tipo, a pesar de todo, puede impedir el agotamiento de las riquezas naturales, y hacer que la historia no se desarrolle en el sentido de aniquilar el receptáculo primigenio de la vida humana; la naturaleza.

En resumen, el capital ha conducido a un desfase del tiempo histórico; es decir, ha forzado su marcha. Esto hoy remite a los límites fijados por la naturaleza de cualquier proyecto histórico. Y

aquí aflora la estulticia de la civilización mercantil-capitalista: es la naturaleza la que se está encargando de poner claramente de manifiesto tales límites. Por eso es tan legítima y necesaria la lucha ecologista, que aunque no conlleve un proyecto para la toma del poder político, por su contenido esencial es una impugnación y una resistencia al régimen económico fundado en el capital. Y caben aquí todos los hombres que aun conserven el mínimo de racionalidad, para no acompañar al capital en su debacle.

NOTAS

- (1) Paul Mattick, Crítica de la teoría económica contemporánea, Mex., Ediciones Era, 1980, p. 224.
- (2) Op. cit., p. 225.
- (3) Ibid., p. 224.
- (4) André Gorz, "Ecología y libertad. Siete tesis, una utopía", "Sábado" de Uno más Uno, 29/XI/1980.

BIBLIOGRAFIA

- Alfred Schmidt, El concepto de naturaleza en Marx. tr. Julia Ferrari de Prieto y Eduardo Prieto, Mex., Siglo XXI Editores, 1976.
- Anton Pannekoek, Lenin filósofo. tr. José Sazbón, Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente, # 42, 1973.
- Arturo Rosenblueth, Mente y cerebro una filosofía de la ciencia, Mex., Siglo XXI Editores, 1977.
- Carlos Marx, El capital. tr. Wenceslao Roces, Ts. I y III, Mex., FCE, 1971.
- _____, Historia crítica de la teoría de la plusvalía, tr. Wenceslao Roces, dos tomos, Buenos Aires, Editorial Américaviva, s. f.
- Cristóbal Caudwell, Una cultura moribunda: la cultura burguesa. tr. Vicente Romano, Mex., Editorial Grijalbo, Col. 70, # 73, 1970.
- Claudio Napoleoni, Lecciones sobre el capítulo sexto (inédito) de Marx, tr. Ana María Palos, Mex., Ediciones Era, 1976.
- Clara González Gutiérrez, "El concepto de trabajo improductivo en Marx", revista Ideología y Sociedad. # 22, Bogotá, sep. de 1977.
- Ernest Mandel, Ensayos sobre el neocapitalismo. tr. Carlos Sevilla, Mex., Ediciones Era, 1971.
- Estela Gutiérrez Garza, "La determinación económica de las clases sociales en el capitalismo", revista Cuadernos Políticos. # 16, Mex., Ediciones Era, junio de 1978.
- Emile Durkheim, Las reglas del método sociológico. tr. Aníbal Leal, Buenos Aires, Editorial La Pléyade, 1976.

Giovanni Arrighi, "Una nueva crisis general capitalista", revista Cuadernos Políticos. # 8, Mex., Ediciones Era, abril-junio de 1976.

Henri Pirenne, Historia económica y social de la Edad Media, tr. Salvador Echavarría, Mex., FCE, 1975.

Heinz Rudolf Sonntag y Héctor Valecillos (compiladores), El estado en el capitalismo contemporáneo. Mex., Siglo XXI Editores, 1977.

Isaak Illich Rubin, Ensayos sobre la teoría marxista del valor, tr.

Néstor Miguez, Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente, # 53, 1974.

Jaime Labastida, Producción, ciencia y sociedad: de Descartes a Marx. Mex., Siglo XXI Editores, 1977.

J. Zeleny, La estructura lógica de "El capital" de Marx, tr. Manuel Sacristán, Barcelona, Ediciones Grijalbo, 1974.

José Valenzuela Feijóo, "El estado y su burocracia", revista Problemas del Desarrollo. # 18, IIE, UNAM, Mex., julio de 1974.

Javier Martínez Bengoa, "Trabajo productivo y valorización del capital". revista Investigación Económica. # 138, Escuela Nacional de Economía, junio de 1976.

José Luis Romero, La edad media. Mex., FCE, breviarío # 12, 1970.

Jürgen Kuczynski, Breve historia de la economía, tr. Marcelo Ravoni, Mex., Ediciones de Cultura Popular, 1977.

John D. Bernal, La ciencia en la historia, tr. Eli de Gortari, Mex., UNAM, 1972.

Jean-Jacques Salomon, Ciencia y política, tr. Fco. González Arámburo, Mex., Siglo XXI Editores, 1974.

Karl Marx, Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857/58. trd. de José Aricó, Miguel Murmis y Pedro Scaron, vols. 1 y 2, Mex., Siglo XXI Editores, 1971.

_____, El capital libro I capítulo VI (inédito). tr. Pedro Scaron, Mex., Siglo XXI Editores, 1975.

Karl Korsch, Karl Marx. tr. Manuel Sacristán, Barcelona, Editorial Ariel, 1975.

_____, Marxismo y filosofía. tr. Elizabeth Beniers, Mex., Ediciones Era, 1977.

Miriam Limoeiro Cardoso, La construcción de conocimientos. tr. Ana María Palos, Mex., Ediciones Era, 1977.

M. B. Kedrov y A. Spirkin, La ciencia. tr. José M. Bravo, Mex., Edit. Grijalbo, Col. 70, # 26, 1968.

M. Lebedinsky, Notas sobre metodología. Mex., Ediciones Librerías Alende, s. f.

Maurice Dobb, Estudios sobre el desarrollo del capitalismo. tr. Luis Etcheverry, Buenos Aires, Siglo XXI Argentina Editores, 1975.

Martín Nicolaus, Proletariado y clase media en Marx: coreografía hegeliana y la dialéctica capitalista. Barcelona, Cuadernos Anagrama, 1972.

Paul Mattick, Marx y Keynes. Los límites de la economía mixta. Mex., Ediciones Era, 1975.

Paul M. Sweezy y Harry Magdoff, Dinámica del capitalismo norteamericano. Mex., Editorial Nuestro Tiempo, 1972.

Paul A. Baran, La economía política del crecimiento, tr. Nathan Warman, Mex., FCE, 1967.

Paolo Rossi, Los filósofos y las máquinas 1400-1700, tr. José Manuel García de la Mora, Barcelona, Nueva Colección Labor, 1970.

René Taton, Causalidad y accidentalidad de los descubrimientos científicos, tr. Isidoro Boix, Barcelona, Nueva Colección Labor, 1973.

Roman Rosdolsky, Génesis y estructura de El capital de Marx, tr. León Mames, Mex., Siglo XXI Editores, 1978.

René Zavaleta Mercado, "Clase y conocimiento", revista Historia y Sociedad, # 7, Mex., 1975.

Sergio Bagú, Tiempo, realidad social y conocimiento, Mex., Siglo XXI Editores, 1978.

Umberto Cerroni, Metodología y ciencia social, tr. R. de la Iglesia, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1971.